

Enzo Maqueira

HÁGASE USTED
MISMO

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice de contenido

Portadilla

1

2

3

4

5

6

7

8

8 ^{1/2}

9

10

Hágase usted mismo

ENZO MAQUEIRA
HÁGASE USTED MISMO

Maqueira, Enzo

Hágase usted mismo / Enzo Maqueira. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Tusquets Editores, 2018.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-987-670-537-0

1. Literatura. 2. Crónicas. I. Título.

CDD A863

© 2018, Enzo Sebastián Maqueira

Todos los derechos reservados

© 2018, Tusquets Editores S.A.

Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: junio de 2018

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-987-670-537-0

«Las palabras. No quiero volver a saber de ellas.»
Adieu au langage, Jean-Luc Godard

Esa nube es un barco que se derrite. La otra, un payaso con cara de degenerado. Una torre de lanzamiento espacial. Un auto cayendo por un pozo. Y las mesetas que asoman entre los huecos parecen las huellas de un brontosaurio.

Extrañaba los cañadones, los pozos de petróleo, la tela de araña que forman los caminos sobre los cerros. Imagina las mismas figuras que cuando era chico. Eso lo tranquiliza porque es un punto de partida. Es importante tener un punto de partida cuando uno está obligado a empezar de nuevo.

La última vez que vio el desierto desde la ventanilla de un avión fue cuando el abuelo murió. Estaba seguro de que iba a volver cada año, como lo había hecho toda la vida. Sin embargo pasó el tiempo y nunca más pisó el suelo de San Benito. El pueblo donde pasó cada uno de los veranos de su infancia. La casa de los abuelos, el único lugar en el que fue feliz. Un viaje que esta vez será sólo de ida. Un cambio drástico. El regreso al origen. Quizás era necesario que todo resultara como resultó. Quizás fue mejor que las cosas salieran tan mal como salieron. Lo repite en voz baja mientras el comisario de a bordo anuncia el descenso. Lo susurra en un mantra para evitar pensar en el verdadero motivo por el que debió escaparse a la Patagonia.

Y ahora ese mar azul que no existe en ninguna otra parte del mundo, la costa acantilada, un mosaico de reflejos brillando hasta el horizonte. A medida que el avión pierde altura, el desierto pasa del marrón claro al verde seco, una mata al lado de la otra, neneos, calafates; hasta que vuela tan bajo que el viento y las turbinas aplastan los penachos de los coirones. Los oídos se destapan. El corazón empieza a acelerarse. Abajo la tierra corre cada vez con mayor velocidad. La sombra de las alas se dibuja sobre la pista. Contiene la respiración durante unos segundos hasta que las ruedas, por fin, rebotan

contra el asfalto.

Los demás pasajeros se desabrochan el cinturón de seguridad, abren los compartimentos donde guardaron el equipaje de mano, arman una fila desordenada. Él es el único que parece no tener apuro. Es que el abuelo no va a estar agitando su boina a un costado de la pista. Ni siquiera existe la lomada donde se paraba con el saco marrón y los tiradores, los pocos cabellos sacudidos por las ráfagas, una sonrisa que le llenaba la cara. Construyeron un edificio moderno y los familiares esperan detrás de un vidrio. Y aunque la fila de mujeres muy abrigadas, chicos maleducados y hombres con cara de dormidos empieza a moverse, él sigue sentado, quieto, juntando fuerzas para bajar.

Decirle a mamá que camine más rápido, correr con la bolsa azul que tenía bordadas, con hilo, sus iniciales; tropezarse en la escalerilla. Mamá acomodándose los anteojos de sol, gritando que cuidado que el viento no lo tire. El abuelo se metía en la pista y le decía bienvenido, lo alzaba en el aire. Los cerros a lo lejos; una vez, desde los brazos de ese hombre que olía un poco a tela recién lavada y otro poco a transpiración, vio una liebre que cruzaba el campo.

Pero ya no se baja por una escalerilla; hay una manga para ingresar al edificio. Cuando era chico odiaba esperar las valijas. Él llevaba todo lo que le importaba en su bolsa azul. La había hecho mamá, que se pasaba el verano sentada frente a la máquina de coser. Cosía y charlaba con la abuela, toda la tarde, mientras la abuela doblaba las hojas de parra de los niños envueltos, una por una, despacio, torcida en la silla de ruedas.

Con la descripción del contenido de su bolsa azul podría filmar su propio *Ciudadano Kane*.

Aprieta el botón para llamar un ascensor que antes no existía. Una señora y su marido, evidentemente lugareños, entran con él. Lo miran con desconfianza, aplastados contra el rincón de la botonera. Había logrado distraerse, pero ese gesto de la pareja lo incomoda. Es claro que por un tiempo va a tener que acostumbrarse a convivir con la culpa.

La sala de reclamo de equipaje está igual a como era hace veinte años. Un poco de pintura, una oficina nueva, la publicidad de un celular; el resto es casi idéntico. Se acomoda la mochila en el hombro y espera su valija parado

al lado de la misma compuerta donde lo hacía junto al abuelo y a mamá, que contaba lo mucho que se había movido el avión, el calor insoportable que habían tenido que aguantar en Buenos Aires, que papá se había quedado trabajando, pobre, nunca puede tomarse vacaciones; y él cada vez más ansioso por salir de una vez por todas del aeropuerto.

La compuerta se abre con el mismo barullo a chapa oxidada; la cinta hace el chirrido que hacía siempre cuando empezaba a girar. Ya no se ven las manos que iban tirando las valijas desde atrás de una cortina de caucho. Apenas mamá señalaba las suyas, el abuelo las atrapaba. Mamá decía que era una locura cargar todo ese peso, pero el abuelo las arrastraba él solo hasta el auto.

Y ahora llega su Samsonite negra, con ruedas y un código anti robo. Le puso una calcomanía de *Star Wars* para reconocerla entre las demás. La hace rodar sobre el piso de goma, deja que la policía aeronáutica la controle en el scanner. Es el último obstáculo antes de sentir que la jaula se abre, que Buenos Aires quedó atrás y él es un caballo libre galopando por la estepa.

Afuera el viento sopla desde todos lados. Partículas de arena y polvo le pegan en la cara. Había que esperar un rato bajo la sombra de unos álamos que crecieron en diagonal. El abuelo llegaba manejando el Daihatsu, con ese ruido de ardilla lunática del motor. La abuela hundida en el asiento del acompañante. De eso también se acuerda mientras piensa cómo va a hacer para llegar hasta la casa: de la impresión que le daban las piernitas flacas de la abuela cuando él se acercaba para darle un beso.

Cáncer de intestino, estómago, ano. Alguna enfermedad desconocida. Un virus o algo peor. Le iban a hacer estudios y cuando hubiera un diagnóstico iba a ser sólo el comienzo. Pruebas, pastillas, análisis de sangre. La verdad es que no tenía ganas de regalarles a los médicos el poco tiempo que le pudiera quedar de vida. La pregunta es si era necesario escaparse así. Martina no se lo va a perdonar jamás. Se acuerda de lo que le hizo y se empieza a comer las uñas. Tiene que olvidarse, pensar en otra cosa, poner la cabeza en el aquí y ahora. Hicieron barrios a los costados de la ruta, y en las laderas de los cerros, y la distancia desde el aeropuerto hasta el pueblo ya no parece tan larga. Casas a medio construir, más álamos inclinados. Botellas en un santuario a la difunta Correa, una madre que murió de sed en el desierto y el

bebito sobrevivió amamantándose de un pecho de donde siguió brotando la leche, ¿sabías? Pero no. El remisero no sabía. Ni siquiera responde. Debe tener menos de veinte años, los brazos llenos de tatuajes. Escucha un programa de evangelistas que ofrecen sanación eterna en un local dentro de un shopping; sigue callado cuando él le pregunta cómo está económicamente la provincia, y cuando le comenta lo poco que cambió todo. El viejo galpón de materiales, los tanques de la petroquímica, la garita pintarrajeada. Un nudo en la garganta cuando reconoce la parte donde la ruta sube, se abre en dos, el cartel anuncia el desvío a San Benito. A lo lejos, la silueta del monstruo con su perfil de arcilla y roca, las copas de los eucaliptus del bulevar, el techo en punta y las paredes rosadas de la casa de los abuelos.

El remisero lo ayuda a sacar la valija del asiento de adelante, recibe los billetes con la palma hacia arriba. Vuelve a subirse al auto y acelera. Lo deja solo con la mochila colgando de un hombro, la valija junto a los pies, el motor del remís cada vez más lejano. Abre la verja y el hierro oxidado todavía suena como trompeta. Camina por el costado del terreno, rodeando la casa, hasta la puerta de la cocina. No está seguro de tener las llaves correctas. Las encontró en el cajón de la cómoda de mamá, cuando fue a desarmar el departamento. Las saca de la mochila y hace la prueba. La llave más chica entra pero no gira para ningún lado. Las otras dos ni siquiera entran. La casa estuvo años alquilada, quizás cambiaron la cerradura. Mete la llave más al fondo. Va a ser difícil conseguir un cerrajero, probar que es el dueño de la propiedad; y además a quién le puede pedir ayuda si parece no haber nadie por ninguna parte.

Pero vino a empezar de nuevo y por eso insiste, intenta varias veces hasta que la puerta cede y se arrastra contra las baldosas de la cocina, tierra y madera seca, el ocre del anochecer sobre las bolsas de nylon con las que alguien cubrió los muebles.

Una mesa, dos sillas, la mesada de mármol. Polvo en cada rincón, sobre las bolsas, desparramado por el piso. Reconoce los cambios enseguida: el cuarto que ocupaba mamá está pintado de verde; al piso de la habitación de los abuelos le pusieron alfombra; desaparecieron el armario y las mesas de luz; alguien dejó un colchón apoyado contra la pared donde la abuela colgaba el rosario.

Cierra los ojos antes de entrar al último cuarto. El olor es el mismo. La textura del picaporte, el chirrido que hace al girar. Si fuera una película, del otro lado se encontraría a él a los once años. Lo primero que hacía ni bien bajaba del Daihatsu era buscar los regalos de bienvenida que el abuelo escondía debajo de las almohadas; pero ya no hay almohadas, tampoco hay cama, ni la cómoda donde guardaba las revistas Pato Donald, ni el cortinado que se movía como si flotara en el espacio. Su cuarto se convirtió en los restos de lo que parece haber sido un gimnasio: hay una barra pegada a la pared, y las siluetas de dos aparatos para hacer pesas quedaron grabadas en el empapelado. Pero su nombre sigue escrito en la madera del piso, justo en donde debería estar la cama. Lo cinceló con un cuchillo que trajo de la cocina, un domingo a la tarde, mientras todos hacían la sobremesa, y él pidió permiso para volver a su cuarto a imaginar cómo iba a ser su vida cuando fuera adulto.

Arrastrar el colchón por el pasillo. Mejor no pensar en la cantidad de bichos que debe estar aspirando. Se limpia los mocos con el dorso de la mano. Le pican los brazos; ya le parece sentir los ácaros subiéndole hasta la cara. Gira el colchón, logra que pase por la puerta. Lo apoya en el mismo lugar donde estaba la cama. Debería haber barrido, pero necesita descansar, si es posible también dormir, despertarse temprano a tomar mate frente a la ventana de la cocina. Se acuesta vestido, con las medias puestas, trata de borrar de su cabeza la idea de las patitas de los ácaros atravesando la tela. Transpiró demasiado. Es una transpiración espesa, y además se cansó más de lo habitual. Se toca la frente: quizás hasta tenga un poco de fiebre. Basta, tiene que tranquilizarse, sacarse el miedo (¿o es culpa?) de encima. Sin embargo no puede dejar de pensar. El percance que tuvo puede haber sido por las algas que pidió Martina en el coreano. Es muy posible que las algas le hayan hecho mal. No hay razón para suponer una enfermedad grave. Repite las máximas que usa en sus charlas: «reducir tu demanda interior, disminuir la velocidad de los movimientos, tomar el control del cuerpo». Si tiene el control puede contemplar, «sencillamente», les dice a sus clientes, el paso del tiempo.

Suficiente descanso. No va a poder dormirse tan fácil, así que mejor ponerse en movimiento. En el living hay bastante por hacer. Comprar sillón,

televisor, ver si funciona la estufa. Los ventanales están atorados. Todavía no oscureció del todo. A esta hora a él le gustaba salir, pero hay un perro echado en la vereda del vecino. Es grande, peludo, negro. Nunca le gustaron los perros. Los gatos sí, pero a la noche le daban miedo. Los gatos que peleaban en el patio cuando todos dormían. Él se tapaba con las sábanas hasta la cabeza porque los maullidos parecían gritos de una posesión diabólica. Cuántas veces no aguantó y tuvo que correr a pedirle a mamá de dormir con ella. Sigue siendo el mismo cobarde, así que saldrá a la vereda cuando el perro se haya ido. De todos modos tiene mucho por delante. Prende las luces del living, el pasillo, las habitaciones. El interruptor de la luz de la cocina está cambiado de lugar. Revisa qué hay en la casa y qué falta con urgencia. Una lista de compras: arroz, fideos, té de tilo, algunas conservas. Por un tiempo evitará las verduras. De los ácaros se tendrá que ocupar mañana. Comprar un insecticida, una cama de dos plazas, un escritorio. Cena un sándwich de jamón y queso que le dieron en el avión. Tira el envoltorio en un balde que encuentra bajo la mesada. Promete que mañana empezará su nueva vida.

El protagonista es un kamikaze japonés que, al momento de apuntar el avión contra el barco enemigo, comienza a recordar su vida. Los recuerdos pasan por su mente como si se tratara de una película. El primer día de clases, su casamiento, cuando debió ser operado de una apendicitis que lo dejó en el hospital más tiempo del que hubiera querido. Mientras se cuentan sus aventuras, narrar la época y describir los detalles de la vida de los kamikazes. Hechos reales con fantasía. Que los hechos reales sirvan para que el público aprenda historia.

La luz de la mañana. Tarda un rato en entender por qué está rodeado de tanta paz. Ocupó más de la mitad de su vida recordando el rayo que se filtra entre los postigos, las voces de mamá y de la abuela desde la cocina, el barullo de las cacerolas. Él se despertaba al mediodía. La abuela preparaba el almuerzo, mamá frente a la máquina de coser; en el patio trinaban los jilgueros. Ahora la casa parece la sala de un museo al que le robaron los cuadros. Va a lamentarse otra vez, va a castigarse hundiendo la cabeza en un balde de melancolía. Es lo que hizo siempre: lamentarse. Pero hoy ya no quiere ser la misma persona. Movimiento. Resurrección. Dejar una huella antes de morir. ¿Cuánto le queda de vida? Es lo mismo si está enfermo o no. Volver a San Benito le hizo aprender la fugacidad del tiempo. Perdió sus mejores años enseñándoles a los demás cómo trascender, de qué manera alcanzar el éxito, las claves para destacarse. En eso consistía su trabajo: en arengar a los mediocres. Y sin embargo él, ¿qué?

Estira un brazo para agarrar el celular. Dos nuevos mensajes: ninguno de Martina.

Es una decisión que venía tomando sin darse cuenta. Siente que lo que pasó fue una trampa que él mismo se tendió para obligarse a accionar. Trascendencia. Esplendor. Aprovechará el tiempo que le quede para convertirse en el director de cine que siempre quiso ser. Escribirá el guion de su primera película. Deslumbramiento. Inspiración. Una placa con cada una de esas palabras. Ya se imagina lo que va a decir en las entrevistas: «una obra que corre el velo de las acciones que conforman el comportamiento mecanizado de la cotidianidad». Lo cotidiano, una de sus búsquedas. El primer paso será pensar una buena historia. Después se sentará a escribir. Cuando tenga todo listo habrá que buscar cámaras, locaciones, actores. Sonríe ilusionado. Partículas de polvo flotan en el cono de luz que proyectan los postigos. Su pequeña galaxia, los mismos planetas que imaginaba cuando era chico.

Cerrar los ojos y dejarse ir.

Enseguida lo despierta el altoparlante de las ofertas de la proveeduría. Parece la misma voz que cuando era chico. Un bigotudo con megáfono en el acoplado de una camioneta destartalada. Eso es lo que se imaginaba cuando oía kilo de papa, acelga, perejil a granel. Se levanta mientras la voz se va alejando. Al baño entra con miedo, pero hay buenas noticias: dos minutos sentado en el inodoro, buena consistencia y color normal. Se ve que el sándwich de anoche le hizo bien.

Tira la cadena. Acaba de gastarse la única hoja de papel higiénico que quedaba en el rollo. Además se olvidó de traer champú. Tampoco tiene agua mineral, así que toma un sorbo de la canilla. Mamá decía que el agua de San Benito tenía petróleo y que eso le hizo dar cáncer al abuelo. Cierra la canilla apenas se acuerda. Escribe «agua mineral» en la lista de compras que dejó sobre la mesada.

Cuando abre la puerta de la cocina para salir al patio del fondo es como si viajara en el tiempo. El aire de mar, el sol, la piel que se puso áspera por el clima. Los recuerdos lo atraviesan. Sin embargo en el patio no quedó ni una sola planta y es un cuadrado igual al resto del desierto. El abuelo se pasaba el día con la manguera de un lado a otro. Había parras, laureles, enredaderas. Un hinojo de pelos revueltos. Las flores violetas de la lavanda. Tenía los frutales más altos de San Benito. Venían las familias de jilgueros y los zorzales patagónicos revolvían la tierra para picotear lombrices. Al comienzo de cada verano el abuelo se aparecía con una bolsa de doscientos kilos de bosta. Estaba una semana fertilizando. Despacio, con los zapatos embarrados. Paraba para almorzar y dormir una hora de siesta. Tomaba unos mates y volvía a salir. Mamá siempre hablaba de la tozudez del abuelo, que aunque después de la guerra no quiso volver a Italia, convirtió un pedazo de desierto en una huerta como las que había en su pueblo.

De aquel patio sólo quedó en pie el manzano. ¿Cuántos años sin riego y con poca lluvia? Y sin embargo, casi sin hojas, con algunas frutas minúsculas, resistió todo este tiempo.

Lo único que se mantiene igual es la rama más alta, su rama sagrada. Siempre estuvo seca, así que sigue pareciendo el lomo de un caballo cruzando el cielo. La mitad de sus veranos los pasó subido a esa rama, espionando los partidos de fútbol de los hermanos Cuchicullione, poniéndoles nombres a los cerros en el horizonte, planeando declararse a Patricia Parfait.

Descansaba en esa rama del manzano cuando supo que el abuelo había fallecido. Primero escuchó el motor de ardilla lunática del Daihatsu. Los jilgueros salieron volando de las achicorias. Mamá cerró la puerta del auto, abrió la verja, entró a la casa caminando rápido. Quizás fue en ese momento que le empezó a gustar el cine: cuando desde lo alto vio cómo mamá se inclinó sobre la silla de ruedas de la abuela y lloraron abrazadas, enmarcadas por el mosquitero de la ventana de la cocina. Su rama sagrada que todavía atraviesa las alturas y sobrevuela el patio del vecino como un conquistador.

El viento mueve una chapa en alguna parte. Un acoplado pasa por el bulevar. El mismo perro de ayer irrumpe detrás del cerco, quiere trepar, ladra, muestra los dientes. Es un cerco viejo y el alambre está oxidado, pero después de un par de intentos el perro retrocede, da media vuelta, ladra con menos ganas, termina echado junto a unas bolsas que dicen «Cemento para la construcción».

El mercado sigue en la misma esquina pero se convirtió en autoservicio. Una de las empleadas le dio una caja de cartón para que lleve las cosas que compró. Lo que había anotado en la lista y también otros productos. Un cuaderno para sus ideas, por ejemplo. Cuando llegue a la casa escribirá la escena de un hombre con una caja de cartón: el viento le pega de frente. La caja tapándole la cara. Le resulta imposible ver por dónde va. Se pierde en el camino y no puede volver a su hogar.

Anda solo por el medio de la calle. Parece que nunca hubiera vivido nadie en San Benito. Excepto los abuelos, los hermanos Cuchicullione, la amiga de la abuela, la morochita Barrios, que cruzaba todas las tardes frente al ventanal del living. Hubo un verano que apareció más gente. Uno de los últimos, cuando se hizo amigo de Leandro y de Patricia Parfait.

El olor de la carne asada lo distrae. El dibujo de unas brasas al final del bulevar. Humo que sale del techo de un galpón. Apura el paso con cuidado de que no se le caiga nada.

Un viejo sostiene la puerta para que él pase con la caja. Qué le sirvo, dice mientras vuelve a su lugar detrás del mostrador. La respuesta es automática. La acaba de ver sobre la leña, ¿es leña? Leña y un poco de mata, responde el viejo y saca las costillas de cordero, corta el hueso con un golpe de cuchillo, una bandeja, las pesa, se tapa la boca para toser, hace un paquete que

terminará adentro de la caja de cartón, encima del cuaderno.

—¿Hace mucho llegó?

—¿Cómo?

—Si llegó hace mucho al pueblo —levanta la voz.

—Unos días.

El viejo asiente, cobra, le entrega el vuelto.

—El mejor cordero de la Patagonia —dice y sale de atrás del mostrador para abrirle la puerta.

En el camino de regreso a la casa, el viento casi lo derriba. Ráfagas de ochenta kilómetros por hora, quizás más. La abuela las sabía calcular bien. Desde el accidente se había convertido en una experta. A mamá le daba pena cuando la abuela hablaba del viento; enseguida le cambiaba de tema.

El perro ladra desde el fondo ni bien huele la carne. Mientras esté encerrado, no le tiene miedo. Esta vez la llave gira enseguida. Acomoda una silla frente a la mesa y come las costillas con la mano, chupa la grasa, se lamenta por no haberle pedido al viejo que le diera sal. Necesitaba toda esa carne en las venas. Cuando termina de comer saca un digestivo de la mochila y se recuesta en el colchón. Traga la pastilla con el agua mineral que compró en el autoservicio. El cierre abierto del jean, las manos en la panza. Hay telas de araña en el techo, una en cada rincón, otra que cuelga del foco de luz. Tiene que limpiar ahí arriba. Pero ahora no. Ahora a pensar en la película. La caja de cartón es un comienzo, pero seguramente se le puede ocurrir algo mejor. Hay un mensaje en el celular: tampoco es de Martina. Vuelve a leer el último que ella le mandó: *No quiero dormir sola hoy!!!* Y él le propuso ir a cenar al coreano y después de comer ella lo invitó a conocer el departamento donde se había ido a vivir desde que se separaron. Debió haberse negado. Supuso que podían terminar mal, como terminaban siempre. Y es cierto que pelearon, pero hubo sexo de reconciliación, y entonces pensó que esa vez iba a ser distinto.

Despega una pierna del colchón y después la otra. Una postura de yoga. Va a meditar todos los días hasta que pueda sacarse de encima la locura de Buenos Aires. No hay otra explicación: vivir en una ciudad tan grande vuelve loca a la gente. Casi está convencido de que no tiene ninguna enfermedad, que se lo inventó todo, que lo que pasó en el departamento de Martina fue una casualidad. Pero entonces levanta la pierna derecha y encuentra unas manchas que no tenía. Podrían ser picaduras. Una vez Leandro le contó que las arañas bajan del techo y trepan por el cuerpo de los que están durmiendo.

Si justo te movés, te pueden picar. Aunque también puede ser que sea un golpe. A cada rato se lastimaba en San Benito. Con la bicicleta, en el pavimento roto, cuando subía al cerro, con los anzuelos que se clavó en el muelle. Quizás se apresuró en descartar el virus. Podría ser el estadio inicial de un sarcoma de Kaposi, cáncer de piel, alguna otra enfermedad oportunista. También pueden ser picaduras de ácaros. Si es así tendrá que dormir en el piso. Y por las dudas debería comprar un plumero para sacar las telarañas del techo.

Abre la ventana y deja que el aire entre. Ya no se escucha el ladrido del perro. El viento sacude al manzano y a su rama sagrada. Debería escribirle a Martina y preguntarle si conoció a otros hombres, si se cuidó cuando estuvo con ellos, si a ellos les hacía las mismas cosas que a él. Pero el vecino aparece y le interrumpe los pensamientos. Poco más de cincuenta años. La frente descubierta. Bigotes a lo Freddie Mercury. Pasa por atrás del cerco y vuelve a desaparecer.

Plantear la existencia humana como una presencia virósica en el planeta. El planeta es el organismo vivo que es atacado por un virus: nosotros. Destruiremos al planeta a medida que necesitemos más recursos para sobrevivir. O sobrevive la humanidad o sobrevive el planeta. «Es la hora de elegir», con letras rojas en tipografía catástrofe. Un aparato anuncia el final de todo. Los médicos lloran (al mismo tiempo se autodestruyen). El público aplaude enfervorizado.

El termotanque detrás de una chapa repleta de agujeros. Gira la válvula, aprieta el botón de encendido, acerca el fósforo; no prende. Demasiada tierra, los caños deben estar tapados. ¿De dónde va a sacar un gasista que lo arregle? Cuando era chico vio *La muchachada de a bordo* con papá. *Valiente muchachada de la armada/ que lejos de luz de hogar/ desafía feliz el amplio mar*. Algo así. Siempre cambia la letra de las canciones. En esa película los marineros se bañaban con agua fría para prevenir la gripe. Quizás le haga bien para las manchas que tiene en la pierna. Llegó hace tres días y todavía no se bañó. Mejor que tenga cuidado. La falta de higiene también lo puede enfermar. Se saca la ropa y la deja sobre la tapa del inodoro. Un pie en la bañera. Que por favor sea verdad lo que decían en la película. Gira la canilla. Los goterones helados contra la piel. Champú, frotarse con violencia, los mocos cayendo de la nariz. Podría sufrir un paro cardíaco. Quedar muerto bajo el agua. En un documental decían que el oído es el último sentido que desaparece al morir. La vista, el gusto, el olfato, el tacto y el oído. Ése es el orden. Quizás se lo merece, quizás sea su castigo. Jabón en las piernas, mucho, más que nada en donde tiene las manchas; cantar la canción de la armada a los gritos, los ojos cerrados, el agua saliendo a borbotones de la boca. Cierra la canilla. Se envuelve con el toallón. Todo por no saber cómo se prende un termotanque. Qué hice mal ahora, repite en voz baja, mientras se frota el cuerpo para recuperar el calor. Lo mismo que decía Martina: qué hice mal ahora. Correr a la habitación para vestirse, abrir las ventanas, que el sol se abra paso entre los postigos.

Varias veces en el último tiempo se dio cuenta de que estaba repitiendo frases o gestos de Martina. La sonrisa de conejo. Él la copiaba sin darse cuenta; y entonces se reían los dos, a carcajadas, y terminaban cogiendo en cualquier lugar donde estuvieran. Eso fue al principio, porque después no hacían otra cosa que pelearse. Excepto la última vez. Se habían reído juntos como hacía siglos no se reían. Parecían volver a los primeros tiempos. La cama recién comprada, las sábanas blancas, las ganas de chuparse. Se durmieron abrazados, mirándose a los ojos. La culpa fue de él. Soñó que

estaba sentado en un inodoro; después que sentía una puntada en los intestinos; cuando abrió los ojos se encontró con el desastre.

El camión de la basura todavía pasa a las dos en punto, y el acoplado contra los pozos hace el mismo ruido cuando pisa el pavimento roto: piedras, nubes de polvo, el chirrido de la carrocería.

Después de la ducha, usó la mañana para ocuparse de la casa. En el autoservicio compró un plumero, lavandina y una botella de vino. En otro negocio consiguió sábanas y una almohada; también la dirección de una empresa de desinfecciones. Además averiguó el número de un gasista que arregla termotanques. Lo llamó, pero el celular daba apagado. Barrió las habitaciones, la cocina, el living. Sacó el polvo de las ventanas. Desinfectó el baño. Terminó justo a tiempo para sacar la basura a la vereda. Las dos y dos minutos. El sol sobre la copa de los eucaliptus. Una semana. Quizás un poco más. Eso es lo que tiene que esperar para sentirse fuera del alcance de Martina. Salvo que haya una enfermedad de por medio. En ese caso podrían ser meses. Hojas secas, un envase de lavandina vacío, un trapo de piso que quedó negro. Desechó todo en una bolsa que los basureros acaban de tirar dentro del acoplado. El olor a basura todavía flota en el aire. No alcanzó a ver si el camión era de la empresa de residuos de antes, aunque el uniforme de los empleados tenía el mismo color bordó.

El abuelo había muerto. La abuela no se quería mudar a Buenos Aires. Mamá contrató a una señora que la cuidara y a uno de los basureros para que regara el patio. Se llamaba Jesús, tenía ojos celestes. La abuela se mandaba la parte con que su marido había peleado en la segunda guerra mundial y Jesús le contaba de su vida. Tenía una aventura con su cuñada, la hermana de la mujer, pero no quería separarse. Una tarde había venido todo tristón, dijo la abuela, porque la esposa lo había descubierto. Lo echó de la casa, no le atendía el teléfono. A los dos meses se mandó a mudar con los dos hijos a otra provincia. La abuela contó la historia en la cena. Daba bronca que hablara tanto de Jesús, que gracias a él tengo las plantas del patio hermosas, los árboles llenos de hojas, y Jesús una cosa y Jesús la otra. Le hacía mal escucharla hablar así frente a la silla del abuelo.

Son las dos y seis de la tarde. Si quiere avanzar tiene que ponerse en movimiento. Buscar la inspiración que necesita. Salir y plantarse como un

cowboy en medio del bulevar. Elegir un destino. Trazar su propio rumbo. Pero no alcanza a tomar ninguna decisión. Apenas abre la verja, el cuerpo lo empuja hacia la sombra imponente del monstruo.

La casa de chapas rojas, los álamos, el gimnasio que nunca se terminó de construir. Un descampado donde el terreno empieza a elevarse. Así era antes, porque ahora hay un barrio de casas de dos pisos y felpudos que dicen «Welcome».

El monstruo era el guardián del desierto. Un kilómetro, por lo menos, de lado a lado; más de doscientos metros de altura. Una vez con Leandro treparon por las rocas que llevan a la cueva. No tenían agua, ni siquiera sabían cómo iban a bajar. Había otras cosas de las que preocuparse: discutir si eran ciertas las historias de extraterrestres, imaginar cómo era esa tierra cuando la cubría el mar, planear la forma de ponerle un somnífero en la bebida a Patricia Parfait. A él le daba orgullo subir el cerro al mismo ritmo que Leandro, que estaba acostumbrado a las espinas de las matas y al viento que te hace perder el equilibrio y rodar para abajo. ¿Viste ahí?, Leandro señalaba un trampolín de cascotes de arcilla: ahí si te caés te abrís la cabeza contra las rocas. Habían pensado llegar a la cueva antes de que oscureciera, prender una fogata y pasar la noche explorando los túneles que suponían que comunicaban el interior del monstruo. Tenía que ser rápido, porque si no podían morir de sed. La única posibilidad de encontrar agua en el desierto era comiendo los ojos de los reptiles. ¿Iban a cazar un matuasto y comerlo crudo? Leandro decía que ya lo había hecho, pero cuidado, porque si un matuasto te muerde no te suelta.

Cuando llegaron a la cueva les pareció una porquería. Ni túneles ni nada. Era un techo, una roca un poco más grande cubierta con los mismos fósiles marinos que había por todo el cerro, botellas en el suelo, un olor a pis que les hizo dar arcadas. Leandro dijo que seguro era el refugio de algún vagabundo. Agarró una ostra petrificada y la empezó a tallar con una piedra. Quería hacer un cuchillo por si tenían que defenderse. Enseguida tuvieron sed. El sol se empezaba a ir. Decidieron que mejor no se quedaban a pasar la noche en el cerro. Bajaron por el trampolín de arcilla. Por el culo del monstruo, dijo Leandro y los dos se tentaron de la risa y casi se resbalan y se caen al precipicio.

Después de las casas de dos pisos, sí: lo que quedó del descampado. El camino de las rocas sigue subiendo hasta la cueva. Los tanques de petróleo todavía están en la otra punta. En el tanque más grande fue donde una vez apareció Jesús. Unos chicos que jugaban en el cerro vieron flameando una tela bordó; cuando se acercaron se dieron cuenta de que era un hombre que se había ahorcado. La abuela se enteró por el noticioso: la cara de Jesús en la pantalla, una foto que se le veía la tristeza, dijo la abuela, que no había llorado por la muerte del abuelo o, mejor dicho, que él no había visto llorar más que de lejos, subido a su rama sagrada; y esa noche, en cambio, la abuela dele hablar de Jesús y se limpiaba los ojos con la servilleta: yo le rezo mucho, decía a cada rato, le rezo mucho, le pido a la Virgen.

Escombros, chapas, bolsas de nylon prendidas de las matas. ¿Seguirá habiendo matuastos? Da vuelta una chapa y nada. Da vuelta otra y bolitas de liebre, espinas, una tapita oxidada de Coca Cola. Por fin, abajo de la carcasa de un calefón encuentra una lagartija. Antes le hubiera disparado con la gomera, o se la hubiera llevado para sumergirla en un balde con agua. Eso les hacía a los matuastos: se les hinchaba el cuerpo, flotaban durante días; nunca supo si se morían ahogados o se morían de hambre. Vuelve a cubrir a la lagartija con la carcasa. Los matuastos viven más arriba, adentro de la cueva, más cerca de los tanques. Es injusto que esos tanques todavía existan. En cambio, la abuela sobrevivió poco tiempo a Jesús; igual que las plantas del patio, que también se fueron secando.

La carne del cordero asado entre los dientes. Hoy el viejo ni siquiera lo saludó cuando lo vio entrar. Fue como si no lo conociera. Tampoco el perro apareció para molestarlo. Es exactamente lo que vino a buscar. Que nadie se preocupe por él. Ninguna bocina que le ponga los pelos de punta. Nadie ante quien responder. Encontrarse solo frente a la vida. Chuparse la sal y la grasa de los dedos. El vino goteándole la ropa. Un eructo que rebote en las paredes del living. Cuando termine con las costillas de cordero, tratará de comunicarse con el gasista. Después va a dormir una siesta de treinta minutos; quiere estar lúcido para empezar el guion de la película. Todavía no decidió cuál es la historia que más lo convence, pero de todas maneras piensa obligarse a escribir.

Cierra el primero de los postigos de la habitación; está por cerrar el otro,

pero se sorprende cuando descubre que el vecino reemplazó el cerco de alambre con un muro de ladrillos. Tiembla mientras se pone las zapatillas. Sale corriendo al patio. Dos metros de alto, por lo menos. Tapó la vista. ¿Cómo no se dio cuenta antes? Tiene que haberlo hecho desde temprano, mientras él estuvo ocupado. El manzano sigue intacto. La rama sagrada pasa justo por encima de la última fila de ladrillos. Pero desde abajo ya no se ve el patio del vecino ni el horizonte de la meseta. Otra vez es el cuerpo el que lo empuja a actuar: el pie derecho en la protuberancia que sale del tronco, una rama en la mano derecha, agarrarse con la otra, trepar, el salto en dos tiempos. Habrán pasado años, pero jamás podría olvidar cómo montar su corcel. Su rama sagrada. Allá en la distancia, detrás de una cortina de bruma, la meseta como un campo de aterrizaje de ovnis, su paisaje más hermoso y más triste. Un homenaje a Saint-Exupéry, que volaba su avioneta sobre la Patagonia llevando el correo postal. Todo destruido por un muro. ¿Lugar común? Probablemente. Lo único que puede asegurar (y respira hondo para absorber la tibieza del sol, el perfume de las hojas del manzano, las poquitas frutas, la brisa del mar), lo único que puede asegurar, repite en voz baja, es que va a convertirse en un artista. Haber sido capaz de treparse le devuelve sus superpoderes. Visión hasta el infinito. ¿Oído? Las olas rompiendo en la playa, el hierro de las extractoras de petróleo. La abuela las llamaba «catitas». La rama sagrada le otorga el don de la súper memoria. En la casa de al lado vivían los Cuchicullione. Agarrado de un manojito de hojas, para no caerse, espiaba cómo pateaban penales en el arenero. Uno de los hermanos tenía un tajo que le atravesaba la cabeza. Corría a los otros dos, rengueando, gritaba como un elefante; cuando se dejaban atrapar se ponía tan contento que la madre tenía que venir a sacarlo. El chico pateaba, lloraba y daba trompadas. La madre lo arrastraba para adentro de la casa. A veces lo dejaba días sin salir. Un verano los Cuchicullione se habían ido. La abuela contó que habían trasladado al padre a los pozos de Caleta Olsen.

Ahora en el patio de los Cuchicullione hay un palo y la correa del perro, el alambre del cerco enrollado en un rincón, pétalos de flores amarillas que asoman desde la calle. Descolgarse con el brazo derecho, salto, rebote, el pie izquierdo en la protuberancia, salto otra vez. Caer parado, perfecto, contra el suelo del patio. Abre el portón del fondo y se encuentra con la retama, que abraza como si fuera el abuelo que lo esperó todo este tiempo.

Una tarde el abuelo manejó hasta el vivero, trajo la retama, la plantó en un pozo que cavó en la vereda de atrás. Media retama creció del lado de la

vereda del vecino, que llevaba años sin inquilinos. La abuela decía que lo había hecho para delimitar bien cada terreno y que todo quedara prolijo cuando él falleciera. Mamá pensaba que era al contrario: que el abuelo quería conquistar un nuevo territorio.

Huele los pétalos amarillos. Debería llevarle esas flores al abuelo. ¿Cuándo fue la última vez que lo visitó? Cuando murió la abuela. Los dos, con mamá, en el Daihatsu. Estuvieron poco tiempo en el cementerio. Pasaron frente a cada tumba, se fijaron que estuvieran limpias y que no se volaran las cruces.

Corta un tallo de la retama, entra en el patio y traba el portón. Siente que tiene tantas ideas que no puede atrapar ninguna. Sin embargo empiezan a surgir las primeras certezas, una imagen muy tenue de algo que parece tomar alguna forma medianamente definida. Quiere filmar la necesidad de seguir adelante, de avanzar a pesar de todo. Construir una obra a partir de las marcas del paso del tiempo. Las más difíciles de percibir y también las abruptas, esas que son imposibles de pasar por alto. Como el muro que levantó el vecino, que le está diciendo algo que todavía no comprende.

Explorar un beso desde adentro, la cámara metida en la boca, cómo la lengua entra en la otra boca o cómo es penetrada por la otra lengua. Plano uno: la cara del hombre y de la mujer. Plano dos: las bocas infestadas de bichos.

Vitamina D. Lo que necesita para ponerse en movimiento. Los rayos de vitamina le llenan la cara. Más temprano compró una manguera para humedecer de a poco la tierra del patio. En unos días conseguirá algún fertilizante. Ya planificó qué sembrar, ya se acordó dónde iba cada planta. Regando como regaba el abuelo, todo el día, todos los días, en dos o tres años el fondo va a ser el de antes. Menos la enredadera; habrá que esperar un buen tiempo hasta que tape la visión. Por el momento se acostumbrará a que lo puedan ver desde la calle. Antes era como querer mirar a través de una jungla. Los árboles frondosos, las parras que trepaban por el cerco, los laureles de dos metros, la ligustrina. En el lugar que eligió para tirarse a tomar sol había una planta de frutilla; se iba esparciendo, abriéndose como un pulpo, y entre los tentáculos caminaban bichos bolita, arañas coloradas, hormigas que se comunicaban con las antenas. Cada tanto crecían unas frutillas minúsculas, de color rosa, que eran demasiado ácidas y el abuelo juntaba despacio, una por una, para que la abuela hiciera mermelada.

Por más que lo puedan ver, nunca pasa nadie por la calle de atrás. La remera, fuera, y se saca el jean y también lo revolea por el aire. Trata de recordar cuándo fue la última vez que tomó sol desnudo. Se saca el calzoncillo y también lo revolea por el aire. Plano detalle del pito bajo el sol. «Un falo iluminado», van a decir los críticos, «el ascetismo como conducto a la creación». Pantalla completa: jugar con las palabras «pito» y «tipo». Se ríe solo, es una idea estúpida pero le gusta. Cierra los ojos. Absorbe la brisa de mar que viene del este. La vitamina del sol en las mejillas. Una nube hace sombra y pasa de largo; los párpados vuelven a prenderse fuego. Estar desnudo lo excita un poco. Podría masturbarse, aunque sería mejor aprovechar esa energía para sentarse a escribir el guion.

—*Champion* —una voz que viene de atrás—. Perdón que te moleste...

Abre los ojos, se cubre el pito con las manos.

—Perdoná que te moleste.

El calzoncillo sube pronto por las piernas, pero el jean quedó demasiado lejos. Da media vuelta y mira por sobre un hombro. No son sólo los bigotes:

es más canoso y viejo, pero el vecino tiene los mismos dientes, el mismo peinado, la musculosa blanca, incluso la forma de pararse, de Freddie Mercury.

—Te salvé el arbolito —señala el manzano—. Se ve que nadie lo regaba. Yo le puse la manguera un rato y mirá cómo te lo dejé. Hasta tenés algunas manzanas.

Freddie Mercury se acerca, se inclina un poco, ofrece la mano para saludar.

—Encantado —aprieta con fuerza, los dos, él también, que trata de incorporarse, todavía en calzoncillos.

—Perdón pero soy un bicho de departamento —se escucha decir mientras las rodillas lo impulsan hacia arriba, las manos alcanzan el jean, se apura en meter las piernas.

—Me di cuenta —contesta el vecino.

El cierre, el botón, una sonrisa forzada. Ahora sí puede mirar al otro a los ojos:

—Vi que hiciste unas refacciones en el cerco.

—Estoy haciendo, sí.

—Quedó bien.

—Pasa que si ahora esta casa va a estar ocupada hay que tapar un poco, ¿entendés? Uno necesita un poco de privacidad, *Champion*.

Si el vecino no lo hubiera visto desnudo, sería más fácil lograr que se fuera: con movimientos leves, conversando sobre el clima, sobre los árboles o sobre la actividad petrolera lo iría empujando hasta la calle.

—Lo que te quería pedir... —dice el vecino.

—Disculpame. ¿Sabés prender un termotanque?

Freddie sonrío y sobresalen los dientes grandes y torcidos. Por supuesto que sabe. Y también dónde está el termotanque, cómo abrir la válvula, va hasta su casa y vuelve con fósforos; enciende el mechero, aprieta el botón veinte segundos: ¿en qué temperatura lo querés? Levanta las cejas, vuelve a mostrar los dientes. Mira la hora en un reloj pulsera. Se le hace tarde para su clase de yoga.

—Bueno —dice mientras frota las manos contra el pantalón celeste—, ¿sabés qué te quería pedir? —Y él no entiende cómo puede ser tanta casualidad: de chico era fanático de Queen. Freddie Mercury fue su primer ídolo. El hombre que le enseñó todo. Todavía se acuerda lo mucho que lloró su muerte—. ¿Me podés sacar la retama? La que se mete en mi vereda...

—¿En la vereda de atrás?

—Sí.

—La plantó mi abuelo.

—Ya me contaron.

—¿Quién?

—Pasa que quiero plantar unos álamos que tapen un poco para adentro. Cuestión de sumar un poco más de privacidad, ¿me entendés, *Champion*?

A la noche le arde todo. Los brazos, el pecho, las piernas, los dedos de los pies. El pito parece una brasa encendida. Siente que está crucificado en la cama. Quemadura de segundo grado. Ya tomó un ibuprofeno por si levantó fiebre. La ventana abierta para que entre un poco de fresco. No le pareció que estuvo tanto tiempo bajo el sol, pero la Patagonia está mucho más cerca del agujero de ozono. Si supiera dónde hay una farmacia, un martes, a esta hora; seguro en el centro, pero para ir hasta el centro hay que tomar un bus y ni siquiera sabe dónde para, cuánto se paga el viaje, si es con monedas o con una tarjeta. Tendría que haber ido a la farmacia antes de abandonar Buenos Aires. Él tiene la piel demasiado blanca, es propenso a las quemaduras solares. ¿Cómo no compró protector? No tiene nada que le calme el ardor y tampoco nadie que lo ayude. No hay un alma en ninguna parte excepto un vecino que se parece al tipo que le regaló la mejor enseñanza: *You can be anything you want to be/ just turn yourself into anything you think that you could ever be*. «Innuendo», así se llamaba la canción. La banda de sonido de sus sueños de juventud. Las sábanas le raspan la piel. Quizás debería ir al médico, pero es justamente lo que no quiere hacer: quedar en manos de esa gente.

Por la ventana llega el aullido del perro de Freddie Mercury. Es raro, nunca pensó que los perros podían aullar así, como un lamento.

La piel vuelve a arder cuando despega el brazo del colchón para alcanzar el celular. Martina le pondría una de sus cremas, rodajas de tomate, le acariciaría la cabeza. Él se entregaba. Siempre se entregó. *Oh, sí, seguiremos intentando/ pisar esa fina línea*. Después terminaban peleando por cualquier pavada. *Oh, seguiremos intentando, sí,/ sólo pasando el tiempo*. La última vez que se vieron, cuando ocurrió el desastre, no se le ocurrió que podía ser el síntoma de una enfermedad. Fue mucho más simple. Creyó que iba a tener

que despertar a Martina, explicarle que había tenido un accidente, llevarse las sábanas para lavar. Mirarla a los ojos. Soportar las burlas.

La piel tirante. Le duele todo pero logra pararse frente a la ventana. Que la brisa de la noche lo acaricie. Aunque sea una noche perdida, porque en estas condiciones no puede pensar en la película.

El lamento del perro le da escalofríos. ¿O los escalofríos son porque tiene fiebre? Cierra la ventana. Se acuesta otra vez en el colchón. Lo bueno es que las manchas de la pierna desaparecieron. Respira profundo, tranquilo; una preocupación menos. Se acuerda del abuelo llevándolo en bicicleta. Un asiento que había construido con unas maderas cruzadas sobre el manubrio; el abuelo le pedía que se agarrara fuerte, corría al lado de la bicicleta y se subía de un salto. Es uno de los recuerdos más viejos: los dedos gruesos y con pelitos blancos controlando el manubrio. Le parece sentir el olor a transpiración de la camiseta, una versión patagónica de *Cinema Paradiso*, un sacerdote que revolea el sombrero en el andén de una estación rodeada de tanques de petróleo. Se sopla para aliviarse el ardor. Nunca había creído que el abuelo había sido soldado. Le parecía imposible. Hasta que una madrugada lo despertó un ruido que venía de afuera. Se levantó de la cama y entreabrió los postigos. Amanecía sobre los árboles del patio. Inmóvil entre las frutillas, un gato tenía las patas sobre las plumas verdes de un jilguero. De repente hubo un disparo. El gato voló hacia atrás. El abuelo salió de las sombras, apuntando con una pistola.

Los servicios de inteligencia ya están alertados: faltan siete años para el fin del mundo. También saben que el científico que podría evitar la catástrofe acaba de nacer. Los padres del pequeño lo ignoran todo. El mundo también. Sólo los servicios de inteligencia saben de qué se trata, pero son incapaces de hacer algo. Aunque el niño fuera superdotado, se necesitarían más de doce años para convertirlo en científico. La cara de la madre del chico cuando recibe la noticia de que el bebé que lleva entre sus brazos es la única salvación posible y al mismo tiempo la más grande decepción de la humanidad.

Siente que durmió días enteros, pesado, como si nunca fuera a despertar. Cuando por fin abre los ojos se acuerda de la quemadura. La piel sigue roja, pero no parece tan grave como anoche. Alguna vez le pasó lo mismo: verse casi violeta y que después bajara la inflamación y el problema desapareciera. Incluso el pito está mejor. Se preocupa demasiado. Exageró, como siempre. Exageró y sigue perdiendo el tiempo. Necesita obligarse. Salir de su zona de confort. Se crió en un quinto piso sobre avenida. Las macetas del balcón eran todo su contacto con la naturaleza. ¿Qué veía en lugar del patio, el manzano, los postigos de la habitación que acaba de abrir de par en par? El techo de los autos y los colectivos, humo, la sirena de las ambulancias, caños de escape; cuando una moto terminó incrustada contra la pizzería de enfrente. En cambio en San Benito nunca estuvo enjaulado. Es cuestión de cubrirse del sol para no pasarse otra noche crucificado en ese colchón mugriento. La playa como fuente de inspiración, Fellini, la Saraghina, una mujer en tetas bailando la rumba para los chicos.

Pantalón y camiseta de manga larga y una toalla en la cabeza hasta que encuentre dónde comprar protector solar. El cuaderno con sus anotaciones. Camina debajo de los eucaliptus, para protegerse del sol. Atraviesa el barrio de casas de techo azul, una igual a la otra. Una señora sube a su camioneta, prende la radio y acelera. En otra casa hay dos chicos jugando. En la canchita de fútbol, de tierra apelmazada y una tribuna de cuatro escalones, un perro sarnoso despluma una gaviota que aplasta con las dos patas.

El camino al acantilado sigue siendo de ripio.

Baja por la misma escalera oxidada por la que bajó tantas veces. El trueno de la rompiente y el crujido de las piedritas de la playa. Gaviotas alrededor de un barco que llega al puerto. El perfume, mezcla de mar de aguas azules con algas pudriéndose bajo las moscas. No parece que hubieran pasado tantos años. ¿La escena donde el protagonista descubre que el tiempo no existe? Pero si el tiempo no existiera no habría recuerdos. Sobre el acantilado, por ejemplo, hubo un cementerio. Fue el primero del pueblo. Ya no existía cuando él era chico, pero entre los cascotes todavía se encontraban pedazos

de lápidas, cruces; nunca vio huesos humanos. Ahí tiene una idea: un chico que encuentra una calavera en una lomada sobre la playa. Puede ser un buen disparador. La cuestión es dar el primer paso. Entonces, ¿por qué no lo hace? No debería haber venido a la playa sin protector solar. El turbante, un toallón para tapar los pies, el viento alborotando las hojas del cuaderno. Escribe protegido por la sombra que da la escalera. Nadie le presta atención: una señora de enteriza floreada escucha música con auriculares, dos chicos pasan trotando, un hombre de abdomen peludo y cano dormita mientras esconde un balde y una caja de pesca bajo la reposera. Hay una chica leyendo un libro, recostada sobre el caño de una sombrilla que se agita y parece a punto de salir volando. El título del libro está impreso con letras grandes y de color blanco. No alcanza a ver qué dice, pero tiene un buen presentimiento.

Reflexionar sobre el erotismo a partir de la visión de la infancia. El vínculo transgeneracional entre una señora de más de cincuenta años y un niño de once. La señora tiene el torso desnudo. El niño la ve. Escapa asustado. Desentierra una calavera. «La metamorfosis de un creador». «Una película que dialoga con el pasado, al tiempo que reconstruye las transformaciones del presente». Que los críticos digan lo que quieran. Retroceder nunca, justificarse jamás. Trabajar con cada uno de los aspectos de la película: personajes, conflictos, leitmotiv. Sería más fácil si hubiera una palmera para resguardarse del sol, pero a él no le tocó nacer en Hollywood, le tocó nacer en el fin del mundo. Se acomoda la toalla en la cabeza. Una ráfaga trae el olor de una cloaca que desemboca en el mar. Puede que haya llegado el momento, pero es imposible escribir en estas condiciones. La playa le gustaba si llevaba la caña de pescar, si había toninas, si mamá lo miraba desde lejos mientras él buscaba caparzones entre las piedritas. El último verano encontró otro motivo: se dio cuenta de que era lo mismo una mujer en bikini que una mujer en ropa interior. Miraba los corpiños como el que lleva la chica que lee recostada contra el caño de la sombrilla. No es linda. Tampoco es fea. Tiene el pelo enrulado. Notó que él la está mirando, porque bajó el libro dos veces; ahora hace visera con una mano, saluda, le hace señas para que se acerque. Él se pone de pie con esfuerzo y avanza con los ojos entrecerrados, fijos sobre la línea azul oscuro del horizonte. Trata de sacarse la toalla de la cabeza de la forma más natural posible.

—Hola —dice la chica.

—Hola —contesta él.

Tiene un poco más de veinte años, habla suave.

—¿Usted es de acá?

—No.

—Lo conozco de algún lado.

—¿Sí?

—Ya sé. El año pasado usted dio una charla en la empresa donde trabajo.

—¿En dónde?

Conoce de qué se trata. Por culpa de chicas como ésta habían peleado tantas veces con Martina. Él siempre le explicaba que no era su culpa, que era su profesión. En las empresas hay mujeres. Telemarketers, oficiales de cuentas, cajeras de supermercado, coordinadoras de área, directoras, jefas de sección. A todas les había dado su charla motivacional. Para Martina todas eran sus rivales.

—¿Vino por trabajo?

—Mi madre era de acá. ¿Y vos?

—De San Benito, pero vivo en Buenos Aires.

—Ah.

—Allá estudio teatro.

Salir de la zona de confort. En otro momento no dudaría en invitarla a tomar un vino en la casa, pero mejor reunir fuerzas, concentrarse, mantenerse a salvo de cualquier enfermedad.

—¿Así que su mamá es de San Benito? ¿La vino a visitar?

¿Cuántas probabilidades hay de que una actriz le contagie alguna enfermedad? ¿Cuántas de que se rompa el preservativo? Ya se estaba convenciendo de que no está enfermo. Si se acuesta con esta chica, puede poner todo en riesgo. Desperdiciar lo poco que consiguió hasta ahora.

—No —contesta él—. Vine a escribir el guion de una película.

—¡Ah! ¿Usted se dedica al cine?

—Sí.

—Avisé si necesita una actriz.

La chica le guiña el ojo. Sonríe. Se ríe. Después hace como que se pone triste porque él le dice que no con la cabeza. Le dice que no pero es un sí. El cuerpo sin manchas. Apenas debe tener veinte años, ¿con cuántos hombres puede haber estado?

—Si necesito, te aviso —y vuelve a ponerse la toalla de turbante. Evalúa

si tiene que dar alguna explicación; decide que no es necesario.

—Cuando usted quiera —dice la actriz y saluda agitando una mano—. Hasta que termine el verano me encuentra acá leyendo —y con la otra mano muestra la tapa del libro: *The Great Fellini*, sobre un fondo gris.

Los árboles en esta parte de San Benito son unos álamos demasiado jóvenes que no tuvieron un abuelo que los regara. Tampoco hay tantos, así que el sol le está taladrando la piel. Apura el paso. El monstruo aparece en la bruma de la tarde, a lo lejos, como un espejismo. Se arrepiente de no haber metido los pies en el mar. Ni siquiera se le ocurrió. Y eso que hace poco leyó que el agua de mar tiene propiedades curativas. Siempre supo que era buena para las lastimaduras, por ejemplo; una vez pisó un mejillón y el corte cicatrizó enseguida; pero hace poco también leyó que si uno bebe pequeños sorbos de agua marina se cura de todas las enfermedades. Él casi nunca se metía en el mar. Le daba miedo. Por lo menos un ataúd del antiguo cementerio tenía que haber caído al agua. Pero aunque sea debió haberse mojado donde le habían salido las manchas. ¿Cómo no se dio cuenta? O podría haber llenado una botella y tener el agua por las dudas, por si de verdad tiene una enfermedad, como última opción cuando todos los tratamientos fallen. Se lo reprochará durante el tiempo que tarda en volver a la casa, caminando cada vez más rápido, desesperado por llegar a protegerse bajo la sombra del bulevar.

Al rato el aire es apenas una brisa y el resto es eucaliptus, el calor del desierto, el chorro de la manguera que escupe espasmos sobre el césped de un jardín de infantes que parece no haber abierto nunca. ¿Por qué será todo tan solitario y a la vez tan hermoso? Así le dijo a Martina una vez, que San Benito era solitario y hermoso. Recién se estaban conociendo y ya le proponía irse a vivir al pueblo. Él podía ofrecer sus charlas en empresas de Comodoro o de otras ciudades de la zona; ella podía dar clases de francés. Martina se le rio en la cara: ¡Ni loca!, y después le dio un beso en la frente y le dijo que quizás más adelante, cuando fueran viejitos.

Entra agitado en la cocina. Tira el cuaderno sobre la mesada. Corre a mirarse en el espejo del baño, a ver si ese rato que se sacó la toalla de la cabeza para hacerse el lindo con la actriz le complicó la quemadura. Si es obvio que en la playa se va a distraer, ¿por qué no se quedó trabajando en la

casa? Eso también lo aprendió con Martina, a no arrancar nunca, a lamentarse porque todo le cuesta demasiado, porque no tiene suerte, porque no sabe qué quiere para su vida. Hasta la cara que está poniendo es un gesto de ella cuando se miraba al espejo y no le gustaba lo que veía; y claro, le decía él, si ponés esa cara es obvio que no te vas a gustar; y entonces ella se enojaba y él se enojaba porque ella estaba enojada y así hasta que un día volvían a llevarse bien.

Ahí está: la boca tensa, la nariz fruncida, más rojo que antes porque fue a la playa aunque sabía que era una mala idea. Busca el celular. Ningún mensaje. Pero además Martina no publicó nada en las redes desde la noche del desastre. ¿Cuántos días pasaron? Empieza a asustarse de verdad.

Una señora, en topless, leyendo un libro en la playa. De repente, el libro se cierra por el viento. La señora mira para todos lados. No hay nadie en ninguna parte, pero igual se cubre. La cámara se aleja. Plano abierto de la señora sentada, sola, con el libro cerrado sobre las rodillas. Se levanta y camina, cruza la playa. Escucha el llanto de un bebé. A partir de entonces la historia va retrocediendo, desde el verano de la señora en la playa hasta el último verano del bebé, cuando ya es un hombre.

Otra vez lo despertó el altavoz de la proveeduría. A la mañana estaba nublado, pero igual se puso una camiseta de mangas largas para protegerse. Caminó casi una hora por la ruta. Llegó exhausto a Comodoro. Le costó encontrar la empresa de desinfecciones. Igual aprovechó para conseguir cosas que no hay en San Benito. En una farmacia compró una buena crema humectante, alcohol y aspirinas. Imaginó la historia de un hombre que va a la farmacia, pero enseguida la desechó. Basta de pequeñas historias. Quiere contarle todo. Por ejemplo, la vida de una ciudad. Una película que pueda verse en la misma cantidad de pantallas que de habitantes. Cada pantalla reproduce la vida de uno de ellos. Se entusiasmó durante un rato, pero tuvo la mala idea de entrar en una ferretería: el chico no lo miraba a los ojos, hablaba con un acento incomprensible; terminó comprando una manguera y una pala de mala calidad que pensaba usar para trasplantar la retama. Eso fue apenas hace un rato. Quince minutos, veinte, lo que tardó en volver en un remís, que consiguió después de esperar el bus que nunca llegó. Típico de la Patagonia: era el mediodía y el sol le hacía picar la cabeza; cuando el remís paró frente a la casa se había nublado. Bajó la manguera y la pala, dejó la manguera en el suelo; salió a la calle de atrás con la pala sobre los hombros. Pero en lugar de la retama había un tronco cortado. Cascotes de tierra, un pozo. Por un momento creyó que estaba teniendo alucinaciones.

Ir a buscar a Freddie Mercury, enfrentarlo, exigirle una explicación. Pero en San Benito los hombres pelean. Incluso los que parecen inofensivos, como el abuelo, que para los ojos de él nunca volvió a ser el mismo. Varias veces, después de haber visto cómo el abuelo metía el gato muerto adentro de una bolsa, se despertó con las primeras luces del día creyendo escuchar que caminaba entre las plantas. Pero sólo volvió a tener noticias de la pistola una vez más. Recién habían terminado de cenar; él leía en su habitación mientras la abuela y el abuelo levantaban la mesa, entre los dos, como hacían siempre: la abuela en la silla de ruedas y el abuelo que iba y venía, le iba pasando los platos, los vasos, doblaban juntos el mantel. El abuelo decía que a la mañana se le había escapado un gato marroncito. La abuela también lo había visto. El

tiro le había dado en una pata, así que por un tiempo ese gato no iba a aparecer; y después el ruido de arrastrar una silla contra el piso y una madera que se destraba. Él que corrió a espiar desde el pasillo. El abuelo guardando la pistola en un hueco en el techo de la cocina.

La retama quedó tirada junto a la basura. La entra en el patio y corre a la cocina. Una silla. Cuando era chico no llegaba tan alto. Ahora le cae tierra en los ojos. La madera cede, levanta, la deja a un lado. Tiene miedo de que el hueco sea un nido de arañas, pero igual mete la mano, las patitas trepándole por los dedos, aguanta, estira los dedos un poco más, toca algo frío, al fondo, y enseguida la textura rugosa de la empuñadura.

Baja de la silla con la pistola como si llevara una joya que acaba de emerger de las profundidades. No puede entender que estuviera escondida en el techo todos esos años. Es más pesada de lo que creía. Unas letras borroneadas junto al gatillo. Y pensar que el abuelo desgastó esa empuñadura con sus dedos. El brazo duro, la mirada fija. Trata de sacar el cargador, pero parece trabado. Golpearle la puerta a Freddie Mercury, amenazarlo con el arma, decirle que la próxima vez que toque una de sus plantas le va a pegar un tiro. Pero es peligroso y ni siquiera sabe si tiene balas. La limpia con una servilleta de papel, sopla el polvo y vuelve a subir a la silla: guarda la pistola no tan al fondo; tapa el hueco con la madera.

Inmediatamente la mano le empieza a picar y corre a lavarse con agua caliente y jabón.

No hay que pelear contra la voluntad de Dios, decía la abuela, si no mirame a mí, y levantaba las cejas y se señalaba el cuerpo.

Pero él no puede dejar que esa retama muera. Tendrá que regarla las veinticuatro horas del día, que haya un flujo constante de agua. Habrá que estarle encima un par de semanas, hasta que del tronco cortado salgan raíces. Dentro de unos años abrirá los postigos y la retama del abuelo florecerá frente a su ventana gracias a que él la salvó de las garras del vecino.

Hunde la pala en la tierra, empieza a cavar. Está usando el mismo mecanismo de siempre: convencerse de que en realidad fue mejor así.

Es obvio que no está enfermo. La enfermedad era la relación que tenían con Martina. Después de terminarse el plato de algas en el coreano fueron al departamento de ella; discutieron una hora porque él le había preguntado si se

pedía un taxi o prefería que se quedara a dormir. Martina le empezó a gritar, ¿qué tanta urgencia?, ¿tenía alguna putita esperándolo? Lo echó, pero él se quedó abajo tocándole el timbre. Pelearon en la calle, subieron otra vez. Hicieron las paces cuando ella se empezó a reír, de la nada, en el momento en que él había agarrado un cuchillo y amenazaba con cortarse las venas. Ella lo empujó a la cama. Le pidió que se diera vuelta. Sacó a Moe del cajón.

Un pisotón a la pala y se abre la tierra. Ampollas en las manos, transpira, la pala se hunde un poco más. Le gustaría ser capaz de cavar como el abuelo, que lo hacía despacio, como si no tuviera nada más que hacer. El patio, la silueta del monstruo recortada contra el cielo. Dejar de darle vueltas al pasado, a los proyectos, al siguiente paso. Concentrarse en los terrones secos que saltan a un costado. A partir de ahora cuidará de la retama. Paciencia. Concentración. Cambiar la velocidad. Que sea su oportunidad para encontrar la paz. Entonces, cuando tenga paz, podrá construir su obra de arte. «Un canto a la vida. La ópera prima de un creador lúcido y sensible». Un director de cine admirado que pasará el resto de sus días en un pueblo perdido de la Patagonia. Sus fans vendrán a llorarlo a esta misma casa. «Peregrinos que extrañan las palabras del último gran maestro del séptimo arte». Pero cavar lo cansa demasiado. El pozo que hizo tendrá que ser suficiente. Algo parecido le dice a la retama, en voz baja, mientras hunde el tronco en la tierra.

A la noche no puede dormir porque el viento sopla demasiado fuerte. Además sigue perdiendo el tiempo. Si no elige un argumento para la película los días van a seguir pasando. Además hay cuestiones mucho más terrenales para resolver: cuánto más puede vivir sin generar ingresos, por ejemplo. El tiempo es dinero y al dinero hay que ganárselo. ¿O no lo repite siempre en sus charlas? Se incorpora, prende la luz, abre el cuaderno. Mira las ideas que lleva anotadas; tacha las que son demasiado caras, demasiado dramáticas, demasiado experimentales. De a poco va reduciendo las opciones. «La mujer en tetas» le sigue gustando. La historia de la pareja de viejos infieles, también.

Esta noche la casa cruje más de lo normal, la ventana golpea contra el marco, parece que una estampida de elefantes viniera a chocar contra las paredes. Deja el cuaderno a un lado, salta del colchón, abre los postigos: el manzano agitándose contra el muro del vecino, remolinos de tierra, las

ráfagas castigan a la retama. En San Benito los camiones caen de costado cuando hay tanto viento. Los autos se salen de la ruta. El viento hizo que el abuelo perdiera el control de la bicicleta el día de su casamiento. Habían ido a la iglesia de Comodoro. Según la abuela, las ráfagas eran de ciento cuarenta kilómetros por hora. Cuando volvían por la ruta, chocaron con una camioneta. La abuela siempre contaba la historia: media hora de casada y quedé parálitica. Mamá decía que les había pasado por querer hacerse los románticos, yendo en bicicleta, bien de italiano enamoradizo y libanesa trágica.

Cerrar los ojos y pedirle a la abuela que el viento deje de soplar, que la retama aguante, que el desierto no se la lleve. Ni siquiera fue capaz de cavar un pozo lo suficientemente profundo. Dios te salve, María. El señor es contigo. La frente apoyada en la ventana, los ojos fijos en la planta. Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. La abuela rezaba el rosario todas las noches, apenas se acostaba, con una voz bajita que él escuchaba desde su habitación. El avemaría y los gloria y los padrenuestro. Era como si la abuela estuviera al lado de la cama, rezándole al oído, mientras mamá leía en su cuarto y él pasaba las páginas de las *Pato Donald*, la luz del velador sobre los cuadritos, el viento sacudía la casa.

La retama cubierta de polvo, a la luz de la luna. Plano medio: un hombre en calzoncillos protege la planta que su abuelo dejó como legado. La tierra vuela a su alrededor. Un grito desahogado, cámara aérea, plano detalle de la boca. Una escena que quedará para siempre en la retina del espectador. Lástima que sea inútil. Una ráfaga podría tirarlo al suelo ni bien abra la puerta. Siempre le tuvo miedo al viento. La abuela también. No lo podía perdonar. Tampoco podía perdonar al abuelo, que nunca fue soldado sino chofer en la guerra –la abuela decía la verdad cuando estaba enojada–, chofer de llevar las tropas al combate fue tu abuelo, entre los cañones, y lo vino a jorobar el viento.

El patio parece doblarse, entero, sobre sí mismo. Ciento cincuenta y cinco kilómetros por hora. Quizás más. Cierra los ojos. Entrelaza los dedos, aprieta con fuerza. Santa María, madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte, amén. Y le parece escuchar la voz que reza con él, bajito, desde su cuarto. Otra vez la estampida de elefantes. Abre los ojos. La tierra de toda la Patagonia parece pasar volando frente a su ventana.

Una pareja de viejos recuerda los amores que tuvieron en el pasado. Él, muy don Juan, todas las mujeres con las que se acostó sin enamorarse. Ella al revés: su marido fue el único hombre con el que estuvo, pero pasó toda su vida enamorándose de cualquier otro tipo que se le cruzara. Al viejo le diagnostican una enfermedad terminal. A ella lo mismo, un par de semanas después. Deciden hacer un último viaje. Una carrera contra la muerte. Pero en el primer destino él se enamora de otra mujer y ella lo engaña con otro hombre. Terminan muriendo en brazos de dos desconocidos, llorando como bebés.

Una semana. Ése es el tiempo que pudo aguantar. A partir de hoy empezará a sentir la falta de sexo. Masturbarse lo tranquiliza un rato pero no es lo mismo. Podría ir a la playa, a ver si encuentra a la actriz. Hacerle un par de sonrisas, prometerle que la va a tener en cuenta para la película. Pero lo distraería de su objetivo. Tiene que aprovechar. Direccionar su libido. Es algo que siempre recomienda: «Aprender a focalizar las energías». Aplicar toda la fuerza sobre un mismo punto. El método del martillo. Tanto va el cántaro a la fuente, decía mamá, que al final se rompe. La clave está en elegir una sola idea. Quizás le está dando demasiadas vueltas. Podría escribir el guion que se le ocurrió hace un tiempo del hombre violado por cuatro mujeres, ni cinco ni tres, cuatro, boca abajo y atado a una cama. Anota: «interpelar sobre los límites culturales del goce masculino». Tacha, arranca la hoja del cuaderno, se levanta del colchón. Mira a través de la ventana. Es un día soleado y sin viento. La retama parece un poco más pálida, pero es lógico después de lo que sufrió. «Colocar al hombre en un lugar de sumisión física». Eso le gustaría filmar. Le gusta pese a que nunca disfrutó demasiado cuando Martina aparecía con Moe. Se dejaba porque ver la sonrisa de conejo perverso de Martina valía por cada una de las peleas.

Si lo piensa bien, puede haber sido eso lo que provocó el accidente de la última noche que estuvieron juntos. Tal vez estaba desacostumbrado. Hacía mucho que no usaban el juguete. Es entendible que le haya aflojado los intestinos. Al principio solía pasarle. Una vez—tuvo diarrea el fin de semana entero. Lo peor es que el último encuentro iba a ser una reconciliación definitiva y terminó siendo lo contrario. La vergüenza de Martina debe ser demasiado grande para que una semana después no le haya escrito. ¿Y si cumplió con sus amenazas y esta vez sí se tiró por el balcón? Quizás escaparse fue una mala idea. Quizás debería escribirle y confesarle la verdad: que cuando se despertó y vio el desastre pensó que había una sola manera de salir con algo de dignidad de ese departamento. Que ella dormía dándole la espalda. Que él cerró los ojos, se tapó la nariz porque el olor era nauseabundo, hundió los dedos en la montaña marrón, verdosa y negra de las

sábanas. Que tuvo arcadas cuando los untó entre las piernas de Martina. Que casi vomita al ver los pedacitos de algas pegándose a la piel. Que se limpió en las medias y se vistió enseguida. Que salió del departamento con las zapatillas en una mano, descalzo y en puntas de pie. Que cerró la puerta sin hacer ruido. Que abajo estaba el encargado del edificio, baldeando la vereda, y él no pudo mirarlo a los ojos cuando se dijeron buen día.

¿Encontrará a la actriz en la playa? Es posible, pero para permitirse ir a buscarla, antes tiene que avanzar con la película. Por lo menos debería tomar una decisión. Eso también lo recomienda en sus charlas: «el valor de elegir», «la importancia de comprender que a cada elección le sigue un renunciamiento». Suena bien cuando se lo dice a un grupo de oficinistas vestidos con chomba de *Casual Friday*. Lo difícil es ponerlo en práctica. Elegir un camino, sostener un horizonte, fortificar las bases construidas en esa decisión...; pero mientras repite en voz baja cada uno de los pasos necesarios, ya está abriendo la puerta para salir, ya su cuerpo eligió por él, ya no importará cuánto trate de convencerse. Igual lo intenta: su excusa es que no irá en busca de sexo, sino de su Giulietta, su musa inspiradora, origen y destino de una historia que debe ser contada. Se está engañando, es claro, pero de todas formas atraviesa el viento.

Un cielo de aire y otro de agua, *Pierrot* o los acantilados azul marino que Godard filmó para *El desprecio*. La película empezaría con la palabra «infinito» escrita sobre la línea que separa los dos cielos.

Deja las medias y el calzado fuera del alcance de las olas. Hunde los pies en el agua y la espuma le anida alrededor de los tobillos. Saca el celular para probar el plano de apertura. Contiene la respiración. Mantiene firme el pulso. La mitad de la pantalla es el mar; la otra mitad es el cielo. Sobre el horizonte imprimirá las letras. La música de *El lago de los cisnes*. Travelling lateral. Un mar calmo y celeste de un lado y del otro lado el mar embravecido del desierto. Segundo plano: una mujer cruzando la playa. Pelirroja, un vestido blanco, el abrigo sobre los hombros. «La mujer en tetas», nombre de la actriz,

director: su propio nombre en letras que se confunden con la espuma.

Fundido a negro. Primer plano:

—Si los conoceré —dice la actriz, que viene hacia él con el libro de Fellini contra el pecho—, si los conoceré...

Él gira la cabeza.

—A ustedes, los artistas —lo agarra del brazo—. Estaba segura de que ibas a volver. ¿Me creés si te digo que sabía que te iba a encontrar filmando? Son todos iguales —sonríe, le muestra el libro, da vuelta unas páginas como si buscara algo escrito en alguna parte—. Te puedo tutear, ¿no?

—Por supuesto —contesta él mientras sale del agua—. De casualidad me agarraste probando algunos planos.

—Es el destino, *mon amour* —dice ella y le toca el pecho con la punta del índice.

Invitarla a la casa, sacarle fotos, contarle su idea para la película, ¿qué idea? No puede ser la estupidez de la mujer en tetas...

—Si querés probamos algunos planos.

—Hay que ver si te animás —dice ella y lo mira de arriba abajo.

—¿A qué?

—Los hombres se asustan cuando conocen a una mujer real.

¿Los hombres o los directores de cine? Eso le preguntaría, pero no está seguro de querer provocar una respuesta de la cual podría arrepentirse. Ni siquiera le atrae esa mujer. Tampoco está tan convencido de que de verdad necesite tener sexo. Actúa por costumbre. Sus pensamientos son parte de esas costumbres.

—Te pusiste colorado —dice la actriz y sonríe otra vez—. Tranquilo. Soy de las que disfrutan tratando un poquito mal a los hombres...

Él se acerca un poco más y a la actriz se le cae el libro. Están a punto de tocarse. No piensan en las páginas de Fellini, el viento que las sacude, el frío junto a las olas; que la actriz esperó todos estos días volver a verlo; que él sabe que se usarán un rato. Pero un celular vibra en la ropa de alguno de los dos. La actriz se agacha para levantar el libro. Él se inclina de espaldas al rayo del sol: un hueco entre las manos para entender lo que aparece en la pantalla.

Que si la extraña aunque sea un poco. Que ella a él sí lo estuvo

extrañando, un montón, y cada día que pasa un poco más. Que ella es una tonti pero no puede seguir separada de él y le pide perdón por ser tan celosa, mucho perdón, te juro que no lo voy a repetir, y que a partir de ahora antes de ponerse celosa va a pensar que él está muy contento de estar con ella y que no necesita a nadie más en el mundo. Que por qué se borró de esa manera. Que dónde está con todo ese sol. Que cuándo pensaba contarle del viaje. Que cómo puede ser que mientras ella estuvo todos estos días pensando en sus errores, él había aprovechado para escaparse. Que si usó esta semana para estar con muchas minitas. Si se da cuenta de lo egoísta que es. Si es consciente de todo lo que ella estuvo sufriendo por su culpa. Y maldito el día que se conocieron. Hubiera preferido haberse muerto cuando se tenía que morir, ni bien nació con dos vueltas de cordón umbilical alrededor del cuello, y ahora él le hace esto, es capaz de hacerle esto, para mí estás muerto, hacernos viejitos juntos, lo creí, una boluda soy, ¿cuándo me dejaste de querer? Y él trata de decir que no, que nunca la dejó de querer, ojalá pudiera, pero la relación le hacía mal, igual que a ella, si los dos estaban mal, qué sentido tenía que siguieran juntos. Por lo menos me hubieras metido los cuernos con chicas lindas, no con esas cucarachas, pero siempre te gustaron las cucarachas, yo soy demasiado para vos, mucha mujer, boludo, forro, mucha mujer para un pelotudo como vos, se nota que nunca me quisiste, qué tonta soy, me hiciste caer, forro, y él quiere explicarle que el problema es otro: ¿o no se acuerda cuando se empezaron a dar patadas? Una noche que Martina se puso a gritar porque él le contó que al otro día iba a dar una charla en una cadena de ropa femenina; y mientras se lo decía sabía que estaba cometiendo un error porque los ojos de Martina se prendieron fuego, tiró la copa de vino tinto contra la pared del living, le pegó una patada, él se la devolvió, ella salió corriendo, él la alcanzó antes de que se tomara un taxi, Martina gritó que la dejara en paz porque iba a tirarse por el balcón, él se puso de rodillas y le suplicó que no, ella se empezó a reír y le dijo sos un loco, se abrazaron, volvieron a la cama, durmieron acurrucados. A él el corazón le seguía latiendo fuerte, temblaba como tiembla frente al mar.

Levanta la vista cuando se cansa de imaginar lo que podría haber dicho Martina, porque lo único que hay en esa pantalla es la publicidad que le mandó su compañía de celular.

Mira para todos lados. La actriz no está por ninguna parte. Las huellas salen de la playa. Se aburrió de esperar. El celular lo pone autista. Martina lo pone autista. La locura que trae de Buenos Aires lo pone autista. ¿Hasta

cuándo va a seguir dándole vueltas a lo mismo? Lo que tiene es culpa, pero ya es suficiente. Pasan los días y no avanza, se queda estancado, siempre mirando atrás, siempre arrepintiéndose. Se terminó y es definitivo. Es hora de que lo entienda. El precio que pagó fue demasiado alto. Basta de Martina. No le importa si se tiró por el balcón. Y si Martina siguió adelante con su vida, perfecto. Tendrá que aprender a sobrevivir sin él.

Es una decisión que toma sin pensar: el brazo atrás, un grito enfurecido y un latigazo hacia adelante. El «plop» del celular hundiéndose en la rompiente. Por unos segundos es capaz de sentirse libre, pero cuando la ola empieza a retirarse y la luz de la pantalla amenaza con escurrirse entre las piedras, entra corriendo al agua, se desespera, arremete con la mano en la espuma helada.

El tiempo es crucial y por eso volvió a la casa lo más rápido que pudo. Por suerte apagó el celular enseguida, antes de que los circuitos se mojaran. No lo piensa activar hasta estar seguro de que la humedad se evaporó. Es el único dispositivo para filmar que tiene, justo ahora, que por fin se había decidido a producir. Lo va a meter adentro del paquete de arroz; después lo dejará al sol durante un par de días. Habrá que ser paciente. El tiempo necesario para encenderlo sin correr riesgos. El clima seco de San Benito es un punto a favor. Lo malo es que se mojó con agua salada. Debería lavarlo antes de cubrirlo con arroz. Lo hace, una milésima de segundo, apenas un chorro de la canilla. Ignora si va a ser mejor o si empeorará la situación. Tampoco está tan seguro de lo que quiere que pase. Acaba de perder a la actriz por culpa de ese aparato. Debería comprarse una cámara. Le da lástima por los planos que estuvo filmando. Había dado el primer paso, después de tantas vueltas. Ahora tendrá que esperar. Abre la alacena, saca el paquete de arroz, entierra el celular bien al fondo. No puede hacer mucho más. Suspira. Deja el paquete sobre la mesada, bajo el rayo de sol que se filtra por el mosquitero.

En la ducha, mientras se enjabona. Los azulejos del baño contra la espalda. El agua cayéndole a chorros. Cierra en un aro los dedos y se imagina

que es la actriz. Se mete el dedo mayor de la mano derecha y es como si fuera Martina. Pero Moe es mucho más grande que un dedo. Es grande porque él se lo regaló para un cumpleaños, pero ella apenas lo vio dijo que lo iban a usar al revés. ¿Qué significa «al revés»? preguntó. Martina puso la cara de perversa que iba a poner tantas veces a partir de esa noche. Era una expresión distinta a la que tenía cuando le agarraba uno de sus ataques. El otro lado de su mueca de ira y frustración. Quizás él también esté poniendo esa cara. Pero así no puede. No es lo mismo. Abre la cortina de la ducha: la maquineta de afeitar, el cepillo de dientes, el pomo del dentífrico. Junto al inodoro asoma el porta rollo del papel higiénico. Demasiado puntiagudo, pero es lo único que podría servir.

Una mujer enferma, acostada, llena de pensamientos. Siente que la cabeza le va a estallar. Habría que mostrarlo de alguna manera que no sea demasiado obvia. Que escuche todo el tiempo el canto de un pajarito. La mujer (tiene unos cincuenta años) abre los ojos antes de que suene el despertador y ya está el canto del pajarito. Toda la mañana lo mismo, y a la tarde hace una pausa en el trabajo (es terapeuta) y también. A la noche no puede dormirse porque sigue con el pajarito, que se le mete en los sueños. Sueña que picotea el suelo, despliega las alas, saca una lengua de lagarto y se abalanza de cabeza contra ella. El impacto del pajarito contra la cara de la mujer provoca una explosión que la hace saltar en la cama.

Cuando subían al cerro, Leandro llevaba su gomera semiprofesional, de mango de aluminio cromado. Tardaban casi una hora en llegar hasta la cueva. Después había que encontrar dónde se escondían los matuastos. Leandro los cazaba y los iba metiendo en una bolsa que después la madre les tiraba a los perros. Preparen, apunten, ¡fuego!, y la cabeza del matuasto quedaba reventada contra el suelo. Él nunca cazó ninguno. Usaba una gomera que el abuelo le había fabricado con una rama del manzano y el caucho de una cámara del Daihatsu. Probó con fósiles de ostra, con piedras que elegía en la playa, redondas, del tamaño de una tapa de gaseosa; también con piedras puntiagudas. No había caso: con su gomera no se podía apuntar. Lo dijo en la mesa, cuando la abuela le preguntó cómo le había ido en el cerro.

Al otro día, a la hora de la siesta, el abuelo lo fue a buscar al patio, acomodó unas latas de tomate sobre el cerco y le puso la gomera en las manos. Brazo duro, decía, mirada fija, y a él le temblaba el brazo, el caucho se retorció, las piedras salían para cualquier lado. El abuelo se puso nervioso: ¡vista al frente!, acomodándole el cuerpo, agarrándolo de los hombros. Hasta que, con las venas del cuello hinchadas y la mirada furiosa, gritó: ¡Hágase usted mismo! Fue la única vez que vio al abuelo enojarse. Y la primera y última que lo escuchó decir tantas palabras juntas.

Aprueba lo que ve en el fondo del inodoro y tira la cadena. Frente al espejo del baño, toma una decisión. Una botella de agua, protector solar, un pulóver porque en la cueva siempre hace frío. Revuelve en la valija. El pulóver quedó abajo de todo, la ropa sigue empacada, parece que nunca termina de instalarse. Saca cada una de las prendas y las acomoda sobre una silla que trajo desde la cocina. Ya tendrá tiempo para comprar un armario, perchas, cajones donde guardar las medias y los calzoncillos. Da vuelta la valija, la sacude, abre el cierre del fondo. Un porro cae desde algún escondite olvidado. Desde cuándo, vaya a saber. Hace tiempo que dejó la marihuana; ese porro tiene que haber quedado por lo menos desde el último viaje a la costa con Martina, cuando todavía hacían planes para que la rutina no los oxidara. Él con su marihuana y Martina con sus vinos. En ese viaje hablaron

de casarse, de tener hijos, hasta de hacer una película juntos. Él la filmó hablando en francés. Repetía los diálogos de Antoine Doinel, Cléo, Marianne; las escenas que más les gustaban de la Nouvelle Vague. Tuvieron una sola pelea fuerte, ya no se acuerda por qué motivo. Pero tiene que liberarse si quiere convertirse en un verdadero artista. Sacarse de encima el fantasma de Martina pero también sus propios fantasmas. Incluso la presión por filmar su película. A partir de hoy su prioridad será vivir; el artista que hay dentro de él irá naciendo poco a poco.

Lo repite en voz alta mientras se sube a una silla, corre la tabla en el techo de la cocina, saca la pistola. Apunta a un rincón de la pared. «Trepo el lomo movedizo de este cerro que no piso», cantaban con Leandro. La cueva era la boca del monstruo, que podía ser bueno o malo, depende de la hora del día. Al atardecer, cuando bajaban, el cerro parecía mansito. Leandro con la bolsa donde llevaba los matuastos, contando que Patricia Parfait tenía un novio de la escuela, que él la había visto una vez toqueteándose con el chico atrás de una ligustrina.

Lo piensa mejor: el protector solar y la pistola; lo demás se queda en casa. Va a subir con la ropa que tiene puesta, sin agua, con las únicas zapatillas que trajo. Después festejará fumándose el porro con el matuasto muerto entre los pies. Un lagarto de doce centímetros (Leandro decía que había algunos que llegaban a treinta) como un león abatido, el porro entre los labios, la foto que usarán sus biógrafos para hablar de sus aventuras. Trata de forzar el cargador de la pistola pero sigue sin abrir. Máxima concentración, el brazo duro, la mirada fija. Lo poco que sabe de la vida lo aprendió en ese cerro, pinchándose con las matas, buscando escarabajos abajo de las piedras. Recordar cómo era desconocer el miedo. Guarda la pistola en la mochila. Abre la puerta de la cocina. ¿Qué importa si Freddie Mercury sacó la retama? Como dice la letra de «Innuendo»: *Surrender your ego*. ¿Qué importa si tapó la vista con ese muro horrible? *Be free, be free*.

Caminará rumbo al monstruo entrecerrando los ojos hacia el horizonte, bajo la luz de un sol que rompe la tierra.

Una planicie de cien metros y el terreno se quiebra y empieza a elevarse. Puede subir por el camino de las rocas o por la huella de la petrolera. Las rocas son más difíciles, pero por la huella es lo mismo que estar de paseo y él

no tiene intenciones de ir a pasear al monstruo. Se para frente a la primera. Toma impulso. Levanta una pierna. La otra. Se agarra de la segunda roca. Trescientas, cuatrocientas, nunca supo cuántas eran, pero ese camino sube hasta la cueva. Trepas la que parece un gordo acurrucado. Leandro se mandaba la parte con que al cerro se lo doma así: raspándose las rodillas, abriéndose paso entre las espinas, mirando atrás cada tanto para otear la alfombra del mar en el horizonte. Una roca más. Las manos coloradas, ya tiene raspones; trepa otra pero cuando se agarra de la que sigue se queda sin fuerzas. Hace años que no hace actividad física. Debe tener el colesterol por las nubes. Apenas si puede respirar. No entiende por qué decidió venir sin agua.

Domar al monstruo, «otear», repite, «otear» el horizonte; y toma impulso y sigue trepando. Subir hasta la cueva, inspeccionar las matas, apuntar el disparo entre los ojos del matuasto. Una roca más, dos, cuatro. Los brazos tiemblan. Las piernas se doblan. Cuarenta, cincuenta rocas por delante. Descansa por un momento. Tantea la pistola en la mochila. Después la mano en el pecho. El corazón va tan rápido que parece a punto de explotar, un paro cardíaco, cardiorrespiratorio, cierra los ojos y le pide por favor al monstruo que lo rescate, respira profundo, despacio, su cuerpo convertido en comida para los escarabajos. Exhala. Tranquilo. Si hubiera tenido un paro cardíaco ya estaría muerto. Concentrarse en la franja azul del mar sobre el horizonte, mover los dedos de cada mano, acordarse de la fecha en que nació, «otear», dice otra vez, para estar seguro de que no tuvo un accidente cerebrovascular, porque si se le hubiera roto algo en el cerebro olvidaría las palabras, estaría confundido, no podría moverse. Pero basta. Está todo en su mente. Es un hombre saludable. El único problema es que no se anima a ir al médico y entonces se imagina cosas. Mañana, sin falta, va a buscar dónde hacerse los análisis que debió haberse hecho hace años. Cuantas menos preocupaciones tenga en la cabeza, más pronto va a encontrarle la vuelta a su película. Y tendrá que entrenar si quiere salir a cazar matuastos.

Acomoda la espalda contra el viento y deja la mochila a un lado; saca del bolsillo el porro y el encendedor. Le cuesta mantener la llama encendida. Aspira el humo, lo retiene; exhala una nube que el aire arroja a un costado. Otro día intentará llegar hasta la cueva. Lo de hoy fue un primer paso. Subió hasta donde hubiera subido Woody Allen, que nunca le gustó, pero seguro también se cansaría enseguida. Una pitada más al porro, retener el humo en los pulmones, soltar. Tiene que cuidarse. Adquirir hábitos saludables,

deportes, meditación. Necesita una vida ordenada para crear. Si quiere ser un artista, tendrá que convertirse en artista.

Una última pitada y tira la tuca lejos, regalo para el monstruo, promete volver cuando lo haya logrado.

Baja del cerro a los tumbos. Había olvidado lo estúpido que se pone cuando fuma marihuana. Camina calle abajo contra las ráfagas de viento, que volvió a soplar con fuerza. Siente que pasea por el set de un rodaje que nunca empieza. Fellini tenía razón: en la infancia están los únicos recuerdos que valen la pena. Si lo tiene tan claro, ¿por qué insiste? El problema es que él no pertenece a este lugar. Quién sabe si algún día podrá sentirse parte. Mientras tanto habrá que seguir adelante. Pero ¿cómo? Ni siquiera se acuerda de qué estaba pensando. El olor del cordero a la parrilla lo atrae como en los dibujos animados. Son unas pocas cuadras que recorre despacio, esquivando los pozos en el pavimento, embobado con el perfume de la leña y el anaranjado del atardecer sobre los cerros.

Abrir la puerta de chapa lo saca del trance. Buenas noches, saluda. El viejo sonrío, da media vuelta, agarra cuchillo y tenedor. Corta un pedazo de cordero. ¿Son costillas?, pero el viejo dice que no con la cabeza; apoya sobre la mesada un pedazo de carne, lo acomoda en una bandeja de plástico, sobresale la capa de grasa crocante donde se fueron derritiendo cristales de sal. Colesterol e hipertensión. El ACV que viene comprando en cuotas desde que se escapó de Buenos Aires.

Vuelve a la casa abrazado al paquete donde lleva el cordero. En San Benito oscurece tarde. El abuelo se sentaba a la mesa a las ocho en punto, todavía con sol, el plato lleno de sobras del almuerzo y lo que la abuela había hecho para la cena, niños envueltos y raviolos de seso con ensalada, todo junto; el abuelo en camisa y tiradores, la cara hundida en el plato. Él lo miraba de reojo, imaginaba cómo era llevar a los soldados al frente, cómo era la comida en la guerra, el estallido de las bombas. El abuelo nunca contaba nada. A él tampoco se le ocurría preguntarle. Creía que era algo que alguna vez iba a presenciar. No sabía cuándo ni cómo, pero estaba seguro de que iba a conocer a aquel soldado. En cambio, nunca creyó que un día lo iba a encontrar metido adentro de un cajón, atrás de un velo transparente, la piel, las manos, la cara como un muñeco. Mamá, los tíos, algunos conocidos de la

abuela——que prefirió rezar en la casa——ya se habían ido de la sala. Los empleados de la funeraria se acercaron para cerrar el cajón. Él fue el último que siguió mirando al abuelo hasta que lo taparon para llevarlo al cementerio.

Mientras sube por el bulevar se relame pensando en lo mucho que va a comer, en todo lo que va a dormir esa noche, lo que le van a doler los músculos después del ejercicio de haber trepado esas rocas. La próxima vez llega hasta la cueva, se lo promete, y se promete el aire puro y el sonido a cascabel que hacen las hojas de los eucaliptus. Eso es todo lo que le pide a la vida de acá en adelante: llegar a casa con comida, un cielo violeta oscuro, que esta paz nunca termine.

Pero el perro del vecino está echado en la vereda, tiene las orejas levantadas, ya olió que él vino con carne.

Avanzar lento. Sostenerle la mirada. Demostrar autoridad.

Despacio, levanta el paquete en una mano. Con la otra maniobra la mochila, abre el cierre, saca la pistola. ¿Será verdad que los perros huelen el miedo? Porque éste ladra y tensa las patas, es un rugido y una mancha oscura que se le viene encima, salta, lo hace salir corriendo.

Abre la puerta de la cocina y la llave se le cae de las manos. Deja la pistola y la mochila sobre la mesada, quiere prender la luz pero no la encuentra, se sienta en una silla, apoya una mano en el corazón. Cuando recupera la calma, se anima a mirar por el ventanal del living: papel y plástico vuelan por el bulevar, el perro mastica la carne del cordero sobre la vereda.

En algún lugar explota una bomba. Cuando el hombre se acerca para ver qué pasó, es un avión kamikaze que cayó de punta contra la escuela donde su padre enseña y su hijo es estudiante. La película muestra lo que ese hombre debe hacer para rescatar a su padre y a su hijo de la explosión. Entra en el edificio en llamas, ayuda a otros, se enfrenta con el peligro. Pero hay un segundo avión en camino. Tiene tiempo para rescatar a su padre o a su hijo. Debe elegir.

No puede dormir porque tiene hambre, le duelen las piernas y los brazos después de subir el cerro y además necesita saber si a Martina le pasó algo. Debería escribirle. Tiene que sacarse la duda y sobre todo la culpa de la cabeza. Hasta que no le diga la verdad a Martina va a ser imposible que avance con la película. Es la energía que envió al universo. Ahora tiene que pagar el precio. Se lo merece pero está decidido: apenas pueda prender el celular le va a mandar un mensaje pidiéndole perdón. Mientras tanto es hora de que se preocupe por su salud. Está en la edad en que hay que empezar a cuidarse. El cuerpo se deteriora, la mente se deteriora, todo tiende a la destrucción. Por eso tampoco sirve que siga perdiendo el tiempo. Sigue necesitando una heladera, un colchón nuevo, una cama. Computadora para escribir. No quiere internet. No quiere televisores. Apenas se disculpe con Martina también piensa tirar el celular a la basura. La tecnología no sirve para nada. Es pura mentira humana. Un invento que falsea la realidad. Pero ni siquiera tiene ganas de ponerse a pensar esas cosas. Quiere una vida normal. Ocupar su cabeza con cuestiones concretas. Lo que pasa es que es difícil vivir como está viviendo. Parece que estuviera de paso, como cuando era chico. Si quiere sentirse en casa, tiene que construir un hogar. Necesita una mujer. ¿En dónde quedaron sus noches salvajes? Lo piensa y se ríe. Primero hay que ponerse en forma. Quizás todavía tenga chances con la actriz. Es cuestión de avanzar con la película y ofrecerle un buen papel. Abre los ojos. Una araña, quieta como él, en un rincón del techo. Necesita paz y tranquilidad. Filmar su película, sí. Por egoísmo, por supuesto. Uno más que piensa que el arte lo va a salvar de la mediocridad. Como si los artistas no fueran también mediocres. Cualquiera sabe que son unos pobres tipos. Sin embargo, todos quieren ser artistas. Él mismo quiere convertirse en uno. ¿O ya lo es? A veces cree que ya lo es y después no, qué va a hacer, si fuera artista sería diferente: lo llamarían de las universidades del mundo para que hable sobre su obra, figuraría en los libros de historia, tendría monumentos en su honor, calles, plazas, y una manada de hombres y mujeres que vendrían a pedirle por favor que los ilumine con su sabiduría. «Yo, el mejor de todos». «Yo, el supremo».

Un estudio crítico sobre sus películas. Una biografía de su paso por estas tierras. Premios, distinciones, la mano de un rey entre sus manos. Sería buen plan: volver a la playa a hablar seriamente con la actriz, proponerle salir de la mediocridad, que el ego de los dos se resuelva sobre este colchón mugroso, desnudos, a ver quién vuelve loco a quién. ¿Cuánto tiempo más para perder? Las cosas no se hacen solas. Nadie va a llamarlo, a nadie le importa, dios mío, dice, cierra los ojos otra vez, hace más de media hora que se tomó el clonazepam, ¿por qué todavía sigue pensando?

Filmar una historia que explique que la necesidad de comunicación es una carrera contra la muerte. Sin comunicación uno queda solo con su alma. No existe posibilidad de contacto con el afuera. No hay con quién hablar, por quién preocuparse, de qué preocuparse. El celular como extensión de nuestra existencia. Sin esa existencia (digital), nos queda la presencia analógica. Lo analógico es un proceso, un desarrollo, la suma de causalidades que desembocan en un resultado. Lo digital sólo muestra el resultado. Se parece a la magia. El celular es nuestro vehículo de comunicación con una fuerza mucho mayor que nuestra existencia, inabarcable, que nos contiene a todos y al mismo tiempo nos excluye. La tecnología es nuestro nuevo Dios.

Fue como si la abuela lo hubiera llamado. Tiene esa sensación, aunque no recuerda haberla visto en el sueño. Sin embargo, era la abuela y decía su nombre.

Se despreza, se levanta, abre los postigos. La luz del mediodía lo obliga a entrecerrar los ojos. Reconoce la silueta de la retama. Demora en entender que algo no está bien. Sale corriendo al patio cuando comprende de qué se trata.

De esa retama eran las flores que le llevó a Patricia Parfait el día que por fin se animó a declararse; todo un verano pensando cómo tenía que hacer, cuáles eran las palabras, cuál el mejor momento; el abuelo se dio cuenta de que andaba en algo: ni bien él apareció en la calle con la camisa a cuadros y el flequillo peinado con fijador, el abuelo dejó en el suelo la manguera con la que regaba a pesar de que ya estaba muy enfermo, cruzó el patio de un lado al otro, salió a la vereda de atrás y volvió con un racimo de flores de esa retama que ahora se quiebra, seca, entre sus dedos.

Todo por culpa del vecino. Le gustaría entrar de una patada a su casa, agarrarlo del cuello, una piña que lo reviente contra la pared. Freddie Mercury suplicando perdón, la sangre cayendo del bigote. Ojalá pudiera. Ojalá le hubieran enseñado a resolver sus problemas a los golpes. Pero no: dará vueltas por el patio, pensará en lo que debió haber hecho, en lo que tendría que hacer, en lo que ya no va a ser posible. Iba a cortar flores de esa retama para llevar a la tumba del abuelo; le iba a contar que Patricia Parfait le puso cara de estar oliendo a podrido cuando lo vio aparecer en la bicicleta con las flores de la retama sobre el manubrio.

Las ramas secas, sin hojas, como tiritas de papel. Con un pisotón arranca el tronco del suelo. Con una patada se saca la bronca y las ramas vuelan en pedazos. Se terminó. Puede deprimirse o dejar de pelear contra lo inevitable. Es una obviedad, pero él necesita sufrir para captar las obviedades. Busca la pala y elige un lugar cerca del manzano. Cava un pozo más ancho y más profundo que el que hizo para el trasplante. Levanta la punta del suelo, pisa el tronco y lo parte en dos mitades. Cristiana sepultura, decía la abuela. Una

tumba para enterrar las flores que lo acompañaron en su primer fracaso en el amor. Schubert de fondo, plano contrapicado del chico enterrando la retama. Un realismo deformado. Fellini, siempre termina nombrando a Fellini.

Pero el olor a quemado lo distrae. Es como si alguien estuviera incinerando hojas. Se asoma al muro que levantó el vecino y nada. Corre a mirar en la calle de atrás y tampoco. Nadie por ninguna parte. Ninguna señal de fuego. El viento y él, los únicos que parecen haber sobrevivido. El último hombre en una tierra devastada. Es típico que se le ocurra eso. Se cree el centro del universo, siempre se sintió así, y también creyó que a todas las personas les pasaba lo mismo; hasta que conoció a Martina y descubrió que no, que para otras personas el centro es el otro, él, un sol alrededor del cual giraba Martina. Todavía le da pena cuando se acuerda: la sonrisa de conejo, los saltitos que daba cuando estaba de buen humor, lo bien que la pasaban en los pocos momentos sin peleas. Demasiado tarde. Enterrar la retama. Olvidarse. Poner la mente en blanco. Debería llorar para sacarse la angustia. Aprieta los párpados a ver si logra soltar una lágrima, pero una ráfaga vuelve a traer el olor a quemado. Levanta la vista sobre los techos del barrio, se lleva una mano a la boca: el monstruo sangra volutas de humo negro.

Recuerda haber apagado el porro. ¿Será que no y que lo tiró prendido? Da vueltas por la cocina, abre la alacena, la tapa del horno, corre una silla. Ni siquiera sabe qué está buscando. Quiere tranquilizarse pero no puede. Seguro había cámaras en la calle, en las puertas de las casas, que lo filmaron cuando subía al cerro. Un desconocido en la zona, el primer sospechoso. Cualquiera que lo haya visto va a confirmar que él fue el responsable del incendio. Ni siquiera necesitan las cámaras. Lo van a encontrar si siguen las huellas. La suela marcada en la tierra del lugar donde estuvo fumando, cuando bajó del cerro, sobre el pavimento. Las únicas zapatillas que trajo, todavía en sus pies. Tiene que pensar bien los próximos movimientos. Respira hondo, un saquito de té de tilo, la pava sobre la hornalla, una taza que encontró en el fondo de la alacena. ¿Cuántas personas lo vieron desde que llegó? El viejo de la rotisería, Freddie Mercury, la empleada del autoservicio, la actriz.

Abre la ventana de la cocina pero el olor a mata quemada entra en la casa. Debió haberse fijado antes de tirar lo que quedaba del porro. ¿Para qué fumó si le hace mal? Se olvida, no se da cuenta, pierde la concentración. Ahora sí

que tiene un problema. Ahora sí que se terminó todo. Demasiado tarde para arrepentirse. Habrá que escapar como escapó de Martina, o habrá que asumir las consecuencias. Una segunda oportunidad para demostrar que puede comportarse como un ser humano.

Apaga el fuego, sirve el agua en la taza, retuerce el saco de té contra la cuchara. Tomar el té despacio, a sorbos, hasta que el tilo lo tranquilice. Aunque quizás debería meterse media pastilla de clonazepam. Tampoco quiere dormirse. Necesita estar alerta, dispuesto, preparado para enfrentar lo que sea que venga. ¿Cuántos artistas crearon en una situación parecida? Ya está. Ya cometió el error. Martina se reiría, le diría que es un estúpido, pero también le haría gracia, tontín, y le parece estar escuchando la vocecita cuando pasaban tres o cuatro días sin pelear y estar juntos era un paraíso hasta que todo volaba por el aire. Por cualquier motivo, de un momento a otro; si él miraba demasiado a una mujer o si era la mujer la que lo miraba a él, pero también cuando él se acostaba con otra y ella se daba cuenta y pasaban días antes de que lograra convencerla de que eran inventos de su imaginación.

Una sirena que viene desde la calle le interrumpe los recuerdos; apura el último sorbo de té, deja la taza sobre la mesa.

No siente ningún dolor por subir al manzano, no se cansa, trepa con tanta agilidad como cuando tenía once años. El santuario de su infancia, otra vez, y la sirena de los bomberos que se apaga al llegar al monstruo. Desde la rama sagrada alcanza a ver el fuego. Es en el lugar donde él estuvo. No parece un incendio tan grande. Se pone en puntas de pie, con cuidado, a ver si hay más fuego en otra parte. Tiene que moverse con cuidado porque abajo está el muro que levantó Freddie Mercury. Si llega a perder el equilibrio se puede romper la columna. Se agarra bien firme para ver la retama seca que quedó en el suelo, sin enterrar. Que el viento la cubra de a poco; millones de partículas de polvo sobre las ramas secas, día tras otro, mientras pasen los años. La cara que le puso Patricia Parfait cuando lo vio llegar en la bicicleta. El ramo de flores cayendo al asfalto. Él, que se fue pedaleando lo más rápido que pudo y cuando estaba cerca de la casa siguió de largo aunque el olor de la salsa de la abuela flotaba en el aire. Al final del bulevar había aparecido un arco iris como el de *E.T.* cuando la nave sale volando; y qué importaba que Patricia

Parfait le hubiera dicho que no, él siguió pedaleando, silbando la música de la película; la abuela siempre hablaba de milagros, ¿por qué la bicicleta no podía volar sobre ese arco iris?, ¿por qué Patricia Parfait no podía verlo y arrepentirse de haberlo rechazado? «Su epifanía con respecto a la imposibilidad de alcanzar un estado de plena felicidad había llegado con la imagen más obvia: el arco iris como territorio a conquistar...». Cosas así van a decir los críticos. «En ese momento no se había dado cuenta de la dimensión de su descubrimiento, de que esa ¿metáfora?, ¿parábola?, lo iba a perseguir toda su vida».

Es mejor que baje del manzano. Algo cambió dentro de él. Todavía no está seguro de qué se trata, sólo siente que hay algo nuevo. Además si se resbala puede romperse la espalda. Pero no se va a caer de su rama sagrada. Es una extensión de su propio cuerpo. Es el lugar donde nada puede hacerle daño. Desde el trono donde se pasaba horas imaginando las maravillas que la vida tenía reservadas para él, contempla cómo la columna de humo va haciéndose cada vez más fina, el olor a quemado se mezcla con el del mar, se acallan las voces de los bomberos.

Ahí tiene la película que vino a filmar: un chico que pedalea hacia un arco iris al que nunca va a llegar aunque él lo desee con todas sus fuerzas. Que se vaya cruzando con personas que lo ayudan en su viaje. Que otras personas lo quieran hacer entrar en razón. Una mezcla de *El Principito* con una road movie. «Un film inclasificable, una experiencia mística enmarcada por la poesía del paisaje de la Patagonia». Cinco estrellas. Festival de Cannes, Berlín, Palma de Oro.

Y el perro que aparece de la nada y le ladra con las patas apoyadas en el muro. Una luz se prende en la casa del vecino, Freddie Mercury grita ¡silencio! El perro ladra más fuerte, intenta sin éxito trepar los ladrillos.

Los brazos y las manos llenos de raspones; nada de eso importa. Se descuelga, baja de un salto, rebota contra el suelo. Parece que fuera miedo, pero es todo lo contrario. Encerrarse en la casa. Sentarse a escribir. Esta vez la inspiración realmente llegó a su encuentro. Esta vez es de verdad y es para siempre.

Johann Williams. Ése quiere que sea el nombre. Johann Williams trabaja dando charlas en empresas sobre motivación personal y disciplinamiento. Se

trata de un ejercicio de superación personal que Johann Williams creó a partir de la combinación de la jardinería y su paso por el ejército. Mientras dicta una de sus conferencias mira constantemente una silla vacía. Le recuerda a su última mujer, que murió en un accidente de avión cuando viajaba para visitarlo. Está tan trastornado por esa silla vacía que vomita en medio de la charla. Su vómito provoca el vómito de todo el público. Hay una película con una idea similar. No se acuerda bien porque la vio hace años.

Fundido a negro.

Siguiente escena: Johann Williams en bus, llegando al pueblo donde la mujer pasó su infancia. Encuentra abandonada la casa que ella le había descrito tantas veces llena de familiares, vecinos, siempre alguna excusa para festejar. Pregunta en el pueblo. La madre de la mujer vive en un asilo. La va a visitar, pero la señora no se acuerda de nada. Ni siquiera recuerda tener una hija. De hecho, apenas es capaz de pronunciar más palabras que «claro» y «debe ser». Johann Williams vuelve a la casa. Esta vez se anima a entrar. En las películas yanquis la gente entra en cualquier casa sin pedir permiso. Un pasillo, otro, las habitaciones. Le parece escuchar un ruido en alguna parte. Dice *Hello?* y sube por una escalera. *Is anybody here?*, sube más despacio. Una puerta cerrada. Pasos. Que no sea la típica escena de la chica entrando a una casa abandonada que escucha que hay alguien en el piso de arriba. Que todo el tiempo quede bien claro que se trata de Johann Williams, que Johann Williams puede encontrarse en cualquier momento con algo o alguien peligroso. Apoya la oreja contra la puerta. Gira el picaporte. Sonido de violines. La puerta se abre, oscuridad, los violines aturden los oídos del público. De repente la pantalla en blanco. Johann Williams se despierta. Es de mañana. Llueve. Un perro grande, peludo y negro lo mira con la lengua afuera. Puede hablar. Es la consecuencia de siglos de evolución junto al ser humano. No es el único. Los perros modulan los ladridos, arman frases, conocen palabras y entienden su significado. El perro le dice a Johann Williams que le va a dar un *conejo* para toda su vida. El mejor *conejo* que puede darle. Johann Williams pregunta cuál es. Entonces el perro abre la boca, tensa las patas de adelante, vomita flores amarillas sobre la vereda.

Cierra el cuaderno. Quiere seguir escribiendo pero no puede. Las paredes del living se tiñeron de azul. Un patrullero acaba de estacionar frente a la casa.

Los brazos cruzados para disimular los nervios. Una sonrisa forzada. Dos policías bajan del patrullero. El más viejo dice buenas noches. El otro hace una venia. Les devuelve el saludo sin abrirles la verja.

—Recibimos una denuncia —el policía que hizo la venia se sacude unas migas del pantalón.

El final del bulevar: si corre tiene una posibilidad. Tomarlos por sorpresa, esconderse en alguno de los patios que hay del otro lado, esperar que se haga de noche para tomar la ruta.

—Lo han visto con un arma —sigue el mismo policía—. Dicen que les dispara a los perros.

¿De qué le están hablando?

—No soy de acá —se escucha decir—, pasé todos los veranos de mi infancia en San Benito, pero vivo en Buenos Aires.

El policía tampoco parece entender. El otro ni siquiera escucha: se distrae mirando el patio de atrás.

—Es el arma de mi abuelo, pero hace años que no se usa...

—¿Sabe si el vecino se encuentra en su domicilio? —el policía señala la casa de al lado.

—No tengo idea. Ya que están podrían ir a ver qué pasa con ese perro, yo no sé si ese hombre no le hace algún daño...

—¿Al perro? —pregunta el policía.

—Al perro.

El policía duda, se toca la cara, dice si sería tan amable de mostrarle el arma. Él contesta que sí de inmediato. Da media vuelta y entra en la casa. Ganó algo de tiempo, ahora tiene que encontrar una escapatoria. La única forma es salir por la calle de atrás. Son cinco kilómetros hasta el aeropuerto. No hay tiempo para armar un bolso. Agua sí, es lo más importante. El problema es si llega a perderse en la ruta.

La silla, la tabla del techo, la pistola del abuelo entre las manos. Todavía tiembla cuando vuelve a pararse ante los policías.

—Es vieja en serio —dice el policía—. Difícil que dispare. Tiene el cargador trabado —sostiene la pistola, se la pasa a su compañero—. Igual hay que sacar el permiso.

Primero no entiende a qué se refiere. Después hace un gesto con la mano, ah, el permiso de portación, y que mañana mismo se va a ocupar de eso, no sabía nada, nunca la usé, es mentira que estuvo disparando, la llevó encima, sí, pero no disparó, cualquiera se da cuenta de que esta arma ya no dispara.

—¿Y en el cerro qué pasó? —pregunta y enseguida se arrepiente de haberlo hecho.

Ahora es el policía el que lo mira confundido.

—¿En qué cerro?

—El de acá atrás —señala a sus espaldas—. Había olor a quemado.

—Ah, cada tanto se prende fuego.

Sostener la mirada. Una sonrisa falsa. Ladridos que llegan desde el fondo del vecino.

—Bueno —dice el policía—. No lo molestamos más. Saque el permiso así no tiene problemas. Lo que sí —mira a su compañero—: ¿podremos llevarnos unas manzanas?

El otro policía saca una bolsa de nylon del bolsillo del pantalón. Hace una inclinación con la cabeza, abre la verja. Su compañero lo sigue un segundo después. Del otro lado del muro el perro ladra más fuerte. ¿Es Freddie Mercury el que golpea algo que parece romperse?

Volver a entrar en la casa, guardar la pistola, sentarse a esperar que los policías se vayan. Pero el estómago empieza a doler. Ya ni se acuerda cuándo fue la última vez que comió. Tiene que aprovechar que el perro sigue encerrado. Sale tratando de hacer el menor ruido posible. La voz de los policías llega desde el fondo. Ya no hay olor a quemado. El viento dejó de soplar por un rato, pero está fresco y no trajo abrigo.

Cuando pone un pie adentro de la rotisería, el viejo lo mira sobre el hombro y sin preguntarle hunde el cuchillo en un costillar que silba sobre la parrilla; le dice que si sigue dándole tanto al cordero le va a agarrar una patada al hígado, después sonrío y le guiña un ojo. No está tan solo en San Benito como él creía. Lo repite en voz baja mientras sube por el bulevar con las costillas de cordero en un paquete que piensa defender con su vida si es necesario. Imagina quiénes lo estarán espiando escondidos detrás de los ventanales, quién pudo haberlo denunciado a la policía. En una casa miran televisión. En otra apagaron una luz. En el resto parece que no viviera nadie, pero ya no se engaña. Alguien lo vio cuando estuvo a punto de dispararle al perro. El patrullero desapareció. También los ladridos. No hay rastros del perro ni del vecino. Se acerca al árbol para ver si los policías dejaron alguna manzana. Quizás el viejo tenga razón. Mañana debería empezar a comer más sano. Sin embargo, dentro de un rato, cuando termine de lamer la grasa de la última costilla, sonreirá satisfecho y se acordará, de pronto, del nombre de Johann Williams. Por única vez, en todos estos días, se sentirá feliz.

Contar el recorrido de un bicho desde que es parte del agua hasta que es absorbido por un alga; al alga se la come un pez, al pez un lobo marino, al lobo marino una orca, a la orca un hombre que naufragó, al náufrago el cáncer, al cáncer un árbol que crece abonado por las cenizas del náufrago, al árbol un pajarito, al pajarito un gato, al gato un hombre que fue abandonado en el desierto, al abandonado los gusanos que se lo comen cuando muere de sed, a los gusanos la lengua de una lagartija, a la lagartija las ruedas de un automóvil, al automóvil su conductor, al conductor que cae de un acantilado un tiburón, al tiburón —que muere de viejo— el agua otra vez.

Sueña que un avión despegar. Cada vez más alto, un punto blanco en un cielo que es tan azul que parece inverosímil incluso en el sueño, y entonces, porque su mente no lo puede procesar, o porque es el mediodía, o porque algo lo despierta, abre los ojos. La luz del sol entre las rendijas de los postigos. Partículas de polvo brillando en el aire. Igual al cielo donde volaba el avión, la misma paz, la sensación de pertenecer a algo más grande. Quisiera taparse hasta la cabeza, meter las manos bajo la almohada, volver a dormir. Reconstruir el espacio que había soñado. Pero otra vez el ruido de un motor, que hasta recién era la turbina de un avión que despegaba. Es algo que entiende de a poco. Que el sonido viene del patio, que el motor se hace cada vez más agudo; que algo cruje; que algo cae.

Sin embargo, se levanta con parsimonia. Primero va al baño. Después prepara un té de tilo. Lo toma despacio, mientras planifica sus actividades del día. Recién cuando termina el té, abre la puerta de la cocina. Le cuesta reconocer la silueta del manzano, el corte en la parte más alta, la rama sagrada que ya no atraviesa el cielo de un patio a otro.

Hormigas negras subiendo por la espalda. Hormigas prendidas fuego. Así filmaría la furia. Y después una explosión y que el mundo vuela por el aire. Corre a ponerse el jean que anoche dejó tirado en el piso, las zapatillas, ata los cordones con nudo doble. ¿Es la cabeza o es el cuerpo el que lo lleva de vuelta a la cocina? Sube a una silla, mete la mano entre las telas de araña. Sólo espera que Freddie Mercury esté en su casa. Si no lo encuentra, buscará la forma de esperarlo. Practica frente al espejo del baño: copia los gestos, los movimientos, la mirada de Jean-Paul Belmondo en el final de *Pierrot, le fou*.

Apunta al reflejo del espacio entre sus propios ojos.

You can be anything you want to be. Los dientes apretados, la mano derecha sobre la culata de la pistola. *Just turn yourself into anything you*

think that you could ever be. Apoya la espalda contra la pared de la casa del vecino, mira a través del vidrio salpicado de tierra: un televisor, una lámpara de pie, un sillón oscuro. Avanza unos pocos pasos. La oreja contra la puerta. Parece que Freddie Mercury no está en la casa. Entrar de una patada. Prenderle fuego al televisor, a la lámpara de pie, al sillón oscuro. Pero paciencia. Todavía no. Mente fría. Hay que esperar que sea el momento indicado. *Puedes ser cualquier cosa que quieras ser/ Simplymente conviértete en eso que crees que podrías ser.* Tardó todos estos años en darse cuenta de que la enseñanza que escribió Mercury en esa canción es la misma que el abuelo dijo aquella vez con tres palabras. ¿Por qué le llevó tanto tiempo descubrirlo? Podría haber sido el título de sus conferencias. Igual ya no importa. Llegó el momento de pasar a la acción.

Traspasa una verja recién pintada y pisa el patio del vecino por primera vez. Nunca supo si los Cuchicullione se daban cuenta de que él los espía desde el manzano. Cuando la familia se fue de San Benito seguía espía aunque ya no había a quién. Por eso ahora le parecen tan familiares la canilla que sobresale de la pared, el cuadrado con tierra seca que alguna vez fue arenero, el galpón donde los hermanos guardaban las bicicletas. Le pasa lo mismo con el cerco que el vecino sacó para levantar el muro y que dejó enrollado en un rincón. Pero la rama sagrada resalta entre las bolsas de cemento. Parece un meteorito que cayó en cualquier parte. Se agacha para tocar la madera: la costra desprendida, las astillas del corte en la yema de los dedos. No parece hecho con una sierra eléctrica, ni siquiera con una sierra. Se levanta desesperado para buscar en el galpón. Destra la puerta con un golpe del hombro. No hay ninguna herramienta más que unos destornilladores, una espátula, un balde. Vuelve a revisar el corte, esta vez más de cerca. Parece arrancado, como si la rama hubiera caído sola. Lo piensa y no lo puede creer. ¿Es posible que sea tan imbécil? Pesa el triple de lo que pesaba a los once años. Se subió dos veces en poco más de una semana. Esa rama cayó porque no aguantó su peso. Y mientras lo repite en su cabeza escucha el ruido de motor —ni siquiera es una sierra eléctrica, más bien parece una cortadora de césped— que llega desde otro patio.

Violines en un *crescendo*, el reflejo del sol sobre la pistola, los precios por el altavoz de la proveeduría, un viento que agita los pelos del protagonista. El brazo se acerca a la cabeza, la mano lleva el caño hasta la boca.

Entonces se escuchan ladridos.

Apenas le da tiempo a pensar. Le apunta al perro que viene corriendo,

furioso, hacia él. Contiene la respiración; la mirada fija, el brazo duro. Escucha la voz de Freddie Mercury cada vez más cerca.

Pero es demasiado tarde. Ya cerró los ojos, ya apretó el gatillo, ya salió la bala. Un tiro resuena en las calles desiertas de San Benito. Cuando por fin se anima a mirar, el perro llora temblando en un rincón: tiene la cola entre las patas, la cabeza gacha, entiende que el disparo le pegó a su dueño.

El olor de las cenizas se hace más fuerte a medida que se acerca corriendo al monstruo. Lo primero será esconder la pistola, después buscará la forma de llegar al aeropuerto. Si tiene un poco de suerte, el próximo vuelo tendría que salir antes de que los policías encuentren el cadáver.

Una mancha gris ceniza en el lomo del cerro, el terreno quemado donde estuvo fumando. Esa será toda su obra. La aprecia por única vez antes de empezar a subir. Esquiva las primeras matas. Contempla el camino que hacen las rocas. Una hora para escalar hasta la cueva, veinte minutos en la bajada. Llegaría para tomar el vuelo de la noche. Martina va a estar cenando, se va a enojar cuando suene el timbre. La única manera de que abra la puerta va a ser si le lleva una botella de vino. Aprender a ser felices juntos. Borrar los errores del pasado. Renacer. El pilar que tanto buscaba cuando decidió volver a San Benito.

Antes tiene que subir la primera roca. Después la siguiente. Y la que viene después. El miedo lo empuja hacia arriba. El aullido del perro a sus espaldas. Los demás perros que ladran en los otros patios. Siete rocas y las manos ásperas, llenas de grietas. Una roca más. Levanta una pierna. La pistola se desliza dentro de la mochila. Va a seguir subiendo porque Godard seguiría subiendo. Aparecer en la casa de Martina con las valijas hechas. Que ella elija el destino. Que ella salte como un conejo y muestre tapas de libros donde está escrito el destino. Una condición: prohibido hablar de lo que hicieron mientras estuvieron separados.

¿Es un perro lo que acaba de ver subiendo entre las matas? Se queda quieto y escucha. Debió haber hecho lo que pensó en un primer momento cuando vio la sangre saliendo de la cabeza de Freddie Mercury, justo en el centro de la frente, los ojos mirando a ninguna parte. Una roca más. Rápido, porque de verdad le pareció que un perro subía entre las matas. Debió dejar la pistola entre las manos del vecino. Hubiera tenido más tiempo para escapar.

Ahora ya se equivocó. No puede hacer nada. Respirar profundo, tratar de calmarse. Desde esa altura, se ve el bulevar, la rotisería, la casa donde vivía Patricia Parfait. El mar como otro pedazo de cielo. Va a extrañar ese paisaje. ¿Hasta cuándo no podrá volver? Y todo por hacerse cargo. Por no ser capaz de apoyar la pistola entre las manos del vecino y que la policía pensara que fue un suicidio. Ahora está obligado a seguir subiendo. Si de verdad quiere ser grande, tiene que llegar más alto. Spielberg llegaría más alto. Hitchcock. Agnès Varda. Agarrarse de las ramas de una mata para darse impulso. Tose. Aspiró demasiada ceniza. Escupe un gargajo. Una mano, la pierna, la otra mano, una roca más. Buñuel seguiría subiendo. Nazarín caminando con los tambores en la cabeza. ¿O es el corazón que se le va a salir por la boca? Llegar hasta la cueva. «Hallan un arma en el refugio de un vagabundo». Toma aire, respira entrecortado. Truffaut seguiría subiendo. Tarkovsky. Chabrol. Herzog seguiría subiendo. Kim Ki Duk. Lucrecia Martel. Méliès seguiría subiendo. Los nombra como si fuera un mantra y logra seguir adelante a pesar de que ya no le quedan fuerzas. Cuando sale del trance descubre que llegó más arriba de lo que hubiera imaginado. Faltan tres rocas para llegar a la cima. Cada una más grande y más difícil que la anterior. Y el lamento del perro que se acerca subiendo entre las matas.

Jean-Luc o François. Agnès si es nena. Aunque quizás Martina quiera elegir otro nombre. Aceptará lo que ella diga. De ahora en adelante, le va a hacer caso en todo. Ni bien estén instalados donde ella elija, piensa hacerse los análisis, para quedarse tranquilo.

Una mano en garra contra el suelo. Ya se huelen el frío y el olor a pis. La boca seca, tierra en los pulmones. Tose más fuerte. La voz del abuelo otra vez gritando.

Subirá la roca que falta aunque las piernas se doblen, aunque los brazos caigan como papel picado, aunque sienta que algo se rompe dentro de su cabeza.

Dios castiga, dijo la abuela cuando al abuelo le agarró el cáncer. Apenas

es capaz de arrodillarse y abrir un hueco en la tierra, clavar los dedos para hacerlo más hondo, buscar la pistola en la mochila; apoyarla en el centro del hueco, cubrirla con tierra y algunas piedras.

Es el cuerpo el que saca el paquete de arroz, la batería, el celular. Logra rearmarlo aunque los dedos tiemblen. Ruega que la luz de la pantalla encienda. Lo sostiene contra el pecho mientras se arrastra fuera. Con el último aliento se entrega de cara al cielo anaranjado. Desde donde quedó tirado alcanza a oír el mar.

El brazo duro. La mirada fija. Quiere mover el cuerpo y no puede. Recordar su nombre y tampoco. Comprende qué significa que el aparato haga ese sonido; no es capaz de recordar por qué. Sólo entiende que el monstruo lo irá tragando. Que él también será parte del desierto. Que quizás nunca encuentren su cuerpo.

Ese aparato vibra otra vez.

Fundido a negro.

Entonces se proyecta la película: mamá, papá, un balcón metido en una ciudad, los veranos en San Benito, Leandro, Patricia Parfait, Martina, otras mujeres, un viaje en avión, una casa, un viejo que corta costillas de cordero, una actriz que nunca será su musa inspiradora. Y Lang, Georges Méliès, Fellini. Siempre termina pensando en Fellini. La sonrisa del abuelo cuando veía a la Saraghina en la playa, ¡rumba, Saraghina, rumba!, y el abuelo se reía y se limpiaba las lágrimas con un pañuelo de tela. La puntada en los intestinos, toda la carne que comió, toda esa sal y esa grasa. La abuela sentada en su silla de ruedas. Mamá inclinada frente a la máquina de coser. Las cartas de papá desde Buenos Aires, cada semana, hasta el final del verano. El ídolo de su adolescencia muriendo por segunda vez. Y él que escucha las pisadas sobre la tierra seca, una respiración demasiado cercana, gemidos que podrían ser el lamento de un animal. Lo último que reconoce es la cosquilla de unos pelos en la nariz, el olor de la masa negra que cae sobre su cara.

Es mierda.

Entonces el viento se apaga de a poco.

Después la palabra «fin».

*Mientras el sol cuelgue del cielo y el desierto tenga arena,
mientras las olas rompan en el mar
y se encuentren con la tierra,
mientras haya viento y estrellas y arco iris,
hasta que las montañas se desmoronen sobre la llanura,
oh, sí, seguiremos intentando
pisar esa fina línea,
oh, seguiremos intentando, sí,
sólo pasando el tiempo.*

Grupo  Planeta

¡Seguinos!

